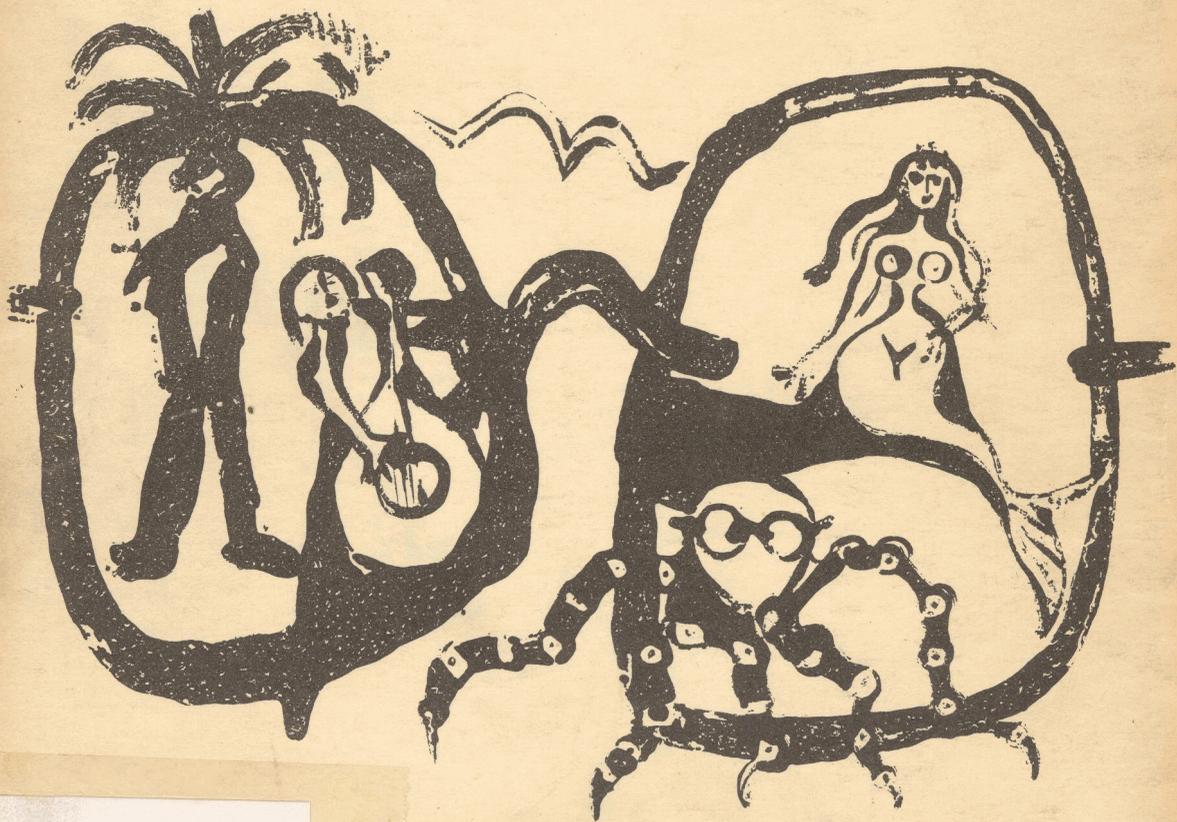


Titerroigatra y yo



-1
D

Sobrecubierta:

Dibujo de César Manrique.

01 0
xi

Titerroigatra y yo

GRAFICAS DORESTE
Depósito Legal G.C. 326-1969

JLG 8025

Titerroigatra y yo



Escrito y recopilado
por
Jesús María Godoy



Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote

1969

P.R.

CANARIAS



INDICE GENERAL

Prólogo	7
LIBRO PRIMERO: POEMAS FRAGILES PARA ALMAS BLANCAS	
Canto a Lanzarote	11
Poemas para niñas azules	19
Poemas de barro	25
Lazarenas blancas	29
Poemas de cielo y mar	35
Poemas rotos	41
Poemas vacíos	45
Poemas dorados	49
Poema en gris	53
LIBRO SEGUNDO: POEMAS PARA ARRULLAR A NIÑOS POBRES	
Sor Miquela	63
Los amigos de Lolina	65
La feúcha Marimar	70
El huérfano azul	74
Las gafas de ámbar	78
Estira - Encoge	81
LIBRO TERCERO: SONETOS ENTEROS	
Vivir que se me viene todo entero	87
Respirar tu inocencia y tu pecado	99
Como labios sedientos	111
LIBRO CUARTO: CANCIONERO TRADICIONAL DE LANZAROTE	
Romancero	129
Cancionero	143
Rezados	151

PROLOGO

Es difícil para un autor definir su propia obra. Sin embargo, permítidme aclarar, en mi descargo, que en este caso concreto cuento con las suficientes satisfacciones íntimas para abdicar, en justicia, de la mejor parte del mérito en favor de los verdaderos autores.

Autores son los Rectores del Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, que no han regateado sacrificios ni costos para divulgar la cultura, con más entrega, incluso, que mi propia persona. Y autora es la propia Isla de Titerroigatra, que en su bellísima pobreza me ha hecho meditar continuamente con lo infinito y con lo más profundo del corazón.

En POEMAS FRÁGILES PARA ALMAS BLANCAS, escrito con ingenua despreocupación de estilos y de formas, he hablado áspero y he hablado sencillo. En una penetración externa tan intrínsecamente confundida, que hasta mis propios recuerdos, estudios y trabajos de profesorado forman una misma carne con la Isla. Lo dedico a las almas blancas que luchan cada día contra el mar y contra los volcanes, para que vean el Sol, la alegría íntima en la fragilidad de sus vidas, en la dureza y peligros de los trabajos diarios.

POEMAS PARA ARRULLAR A NIÑOS POBRES, o prosa con sueños poéticos, significa un vuelco del alma en pro de los niños pobres. Los veo esperando el regreso de sus padres, junto al mar, o caminando descalzos sobre los picones, sin juegos, sin sueños, con los ojos muy grandes medio apagados por el sol, por el viento y por la tierra. Como no puedo abrazarlos, ni tenerlos a todos conmigo, les doy lo único que sé hacer, aunque me entristezca la pobreza, también más pobreza, de mi pobre regalo.

Los SONETOS ENTEROS, o tercer libro, significan algo más en este ictus literario. Está Dios aquí, lo presiento vivamente. Están mi pueblo natal, mis sentimientos íntimos pasados, mi intimidad presente, mis deseos futuros. Está Lanzarote en su osamento y en su espíritu. Todo es amor. Creo humildemente que en este tercer libro me leo a mi mismo y mi manera de ver lo que me rodea.

Por último, con el CANCIONERO TRADICIONAL he querido que sea la propia Lanzarote la que rubrique mi trabajo. Yo sólo he seleccionado, ordenado y rehecho alguna línea o vocablo deficiente, procurando respetar, en lo posible, los Rezados, Cantares o Romances, tomados de viva voz o recogidos de amarillentas libretas en laborioso peregrinar por los pueblos de la Isla, peregrinar y labor colectora en la que me han secundado muchos alumnos. Para que de este modo no desaparezcan definitivamente las creencias, los sentimientos y los motivos externos de nuestros antepasados, que parecen estar eternamente palpitantes en la tierra que pisanos y en el aire que nos permite vivir.

EL AUTOR

LIBRO PRIMERO

Poemas frágiles para almas blancas

CANTO A LANZAROTE

I

El Canto de la Folía.
Donde la primavera de cangrejos
y de grillos pulsa su única cuerda
y la suena en el mar.
Donde las gaviotas dicen donde está Dios
sobre los arrecifes.
Donde la barca se mece dulcemente
entre las olas,
y el pescador acecha sobre las anclas las sardinas.
Donde la claridad luce tan pura
que por doquier se extiende el perfume de las flores,
y en las volcánicas laderas
se saludan amapolas y babosas.
Donde los panaderos en mangas de camisa,
y los lecheros,
reparten presurosos su alimento.
Donde se ve el quehacer dentro de casa,
las mozas al mercado con sus sombreros hongos,
y las campanas de San Ginés oran clarísimas,
Donde la solitaria tabaiba y las palmeras
lucen mas altas que el humo de los barcos.
Donde como en manadas de canarios
los pequeños se unen con sus trinos
camino de la escuela,
y los mavores se piensan ellos mismos el trabajo del día.
Canto de la Folía:
donde todo se ama y donde todo se encierra.
Canción, timple, vivir de esta mi tierra,
donde todo se ama y donde todo se encierra.

II

El timple que pulsa solo
las cuerdas inaccesibles
a través de los roferos
sobre el valle de Teguisé.
El timplé que panza arriba
tendido en los arrecifes

deja que la lava arañe
exactamente su timbre.
Timple flotando en el mar
sobre la espuma y los peces,
de sol llenando sus penas
y de canciones las redes.
Timple templado al calor
de la Montaña del Fuego,
afinándose en colores
al paso de los camellos.
Timple que lleva al sonar
soledades y promesas,
humildad de labradores
y soberbia de palmeras.
Timple que rasgando al alma
la lejanía que la anega
siembra en el suelo volcánico
melancólica grandeza:
Timple en que todo el pasado
nota a nota se renueva.
llorando fuertes los dedos
que hieren suaves las cuerdas.
Timple que besa los labios
de todas las lugareñas
dejándolas sonrojadas
con los secretos que besa.
Hombre entero hecho de timple.
alma estirada en las cuerdas.
Dios oyendo cada pulso,
timple isleño, isla entera,
Dios amando cada nota,
cada lamento, las cuerdas
que siempre pulsan exactas
sutilísimas tristezas.

III

En las tardes de huida
me llegó al viejo puerto
donde encuentra cobijo
cada barco pesquero.
Blanca Isla del Amor.
riscos arrecifeños.
blancas playas de espuma.

redondo y gris Océano;
tan redondo que siempre
se llega al cementerio.
a la ciudad tan blanca,
a volcanes y al puerto.
Navegando al socaire
fresco del suave alisio
quedan miles de patos,
gaviotas, zarapicos,
volando o entre olas,
pósados en los riscos.
Amarados y quietos
están Cholín, Perico,
Ave Fénix, Lolita,
Maspalomas, Borito;
y bajo el puente nuevo
que al Castillo divide
del viejo puente y mar
y el pueblo de Arrecife,
vace el viejo Rocío
y de Paquita el casco.
el puente del María
y el mástil del Rosario.
Queda tan quieto el puerto
cuando lo estoy mirando
cada tarde en la huída,
que me quedo pensando;
tan quieto, que me vuelvo
a casa meditando
a Dios en cada ola
que duerme a cada barco.

IV

Haría:
la de las altas palmeras,
el valle de las Folías
con aires de Malagueña.
Canaria tierra norteña,
Haría,
canaria tierra sedienta,
el valle de las palmeras,
verde alegre de Folías.
tristeza de Malagueñas.

Barrancos y laderas que sedientas
abren al mar de par en par las puertas,
Casas pobres raídas por los vientos
aquí y allá diseminadamente.
al zoco del cardón y de las fuentes
por todo el ancho valle hasta el Océano.
Tirando del arado la mozuela,
sembrando con el grano seguidillas,
llama al hombre de nuevo hacia su tierra,
hombre andariego al mar, con su familia.
Y piden lluvia o lloran el mal tiempo
timple en la mano en cada noche un viejo.
Porque es Haría,
la de las altas palmeras,
el valle de las Foliás
con aires de Malagueña.
Verde y solo palmeral,
triste y sola sementera,
solos con Dios, y ante el mar
solitarios en grandeza.
Verde alegre de Foliás,
Haría, tristeza de Malagueñas.

V

Pueblo de Yaiza.
Rey Guadarfía,
Princesa Fáina,
dios de la isla:
El Timanfaya...
Tierra de viñas
tan escondidas,
tierra encendida
por tanta lava.
!El Timanfaya!
Rey Guadarfía,
tierra de viñas,
dios de la isla:
!El Timanfaya!
Rey Guadarfía
!El Tenmesana!
Tierra de viñas
!El Guardilama!
Dios de la isla

!El Timanfaya,
el Timanfaya!
Dios de la isla:
!El Timanfaya,
el Timanfaya,
el Timanfaya!
Pueblo de Yaiza.
Y lejos del Guaticea,
mas allá de Femés y Uga,
el Techeide se alborea
con el musgo de la lluvia.
Tajaste de Tinajo,
!tajaraste!,
Tajaste de Tinajo
detrás del Timanfaya,
debajo del Tinache.
Tajaste de Tinajo,
!tajaraste!,
detrás del Timanfaya,
dentro del Timanfaya,
Tajaste de Tinajo.
Tinguatón y Timbaiba,
Yuco y Tedesa,
!tabaibas!,
Muñique y Guigua;
dentro del Timanfaya,
detrás del Timanfaya,
lejos del Guaticea,
Guigua, Yuco y Tedesa,
Tinguatón y Timbaiba,
la Montaña Bermeja,
Yuco y Tedesa.
!Tierra volcánica,
tierra de viñas,
pueblo de Yaiza!
Rey: Guadarfía.
Princesa: Fáina.
Dios de la isla:
!El Timanfaya,
el Timanfaya,
el Timanfaya.
el Timanfaya!

VI

Esta tierra, Señor,
que cuando vive queda
y cuando queda quiebra en soledades;
esta tierra que a lava y a sol vive
el silencio del largo griterío
de gaviotas;
esta tierra, himno de los coros de brisas
que a sal y océano me tienen blanco
como el sabor a espuma;
aquí plantado estoy porque ésta es tu tierra.
Por eso si tu Fáina o mi encantada Ico
dejaron sus coronas,
dejas en esta tierra mi calor y tu lluvia
para que nunca medre su fuego Timanfaya
ni abandone su musgo el blanco Tinecheide,
pues solo quieren quedarse.
Y al dios de la vendimia, la Geria rasguñada,
dejas tus venas húmedas y a mi rey Guadarfía,
para que siempre áspera como el picón que viste
reverdezca y se quede.
Porque esta tierra, quebrada entre colores
y silencios,
es tu tierra.

POEMAS PARA NIÑAS AZULES

I

Si vas por mi costa,
barquito velero,
deja que tus velas
arrullen mi puerto.
Tiene blanco el rostro,
tiene blanco el pelo,
anillo de plata
le encadena el dedo.
Su sonrisa blanca,
su boca de anhelo,
sus lágrimas blancas
me oirán con el viento.
Y sus ojos grandes,
y sus ojos negros,
y sus ojos siempre
mirándomè lejos,
sus ojos, barquito,
al surcar mi pueblo,
harán que me lleves
junto a la que quiero.

II

Vienes saltando
de roca en roca
blanca chiquilla
de blanca ropa.
Tu mano blanca
apenas toca
la blanca espuma;
y las caracolas
velan tus pasos
bajo las olas,
ángeles blancos
de blancas bocas.
Y las gaviotas
alzan tus brazos;
y ríen y lloran
todos los barcos

que mecen anclas
cerca del faro,
mientras la brisa
teme callando
de tu blancura
los cortos saltos.

III

Cuando era mas joven
retoñó mi amor
de todos los mares
la mas linda flor.
Azul más que el mar,
más blanca que el sol,
mimada por todas
las flores de Dios.
Era tan fragante,
tan dulce su voz,
tan suave su alma,
tan buen corazón,
que nunca he podido
ahogar mi pasión,
ni olvidar sus ojos,
callar mi dolor,
después que un invierno
se me marchitó
de todos los mares
la más linda flor.

IV

Ahora que estoy
sentado en la arena
no dejes que el mar
me quite esta pena.
La espuma me viene
junto con las velas,
y se quedan todas
tocándome apenas.
La brisa y las olas,
riscos y laderas,
gaviotas y algas,
labios me rodean.

Y a lo lejos canta,
a lo lejos suena
la copla que entona
solamente ella.
Porque fuiste mía,
blanca piel morena,
no dejes que el mar
me quite esta pena.

V

Al marino que va
arrastrando las redes,
no le dejes partir,
de verdad, no le dejes.
Acaricia su piel
para que no la quemé
el sol que en todo el mar
solamente le tiene.
Apriétale en tus brazos
para que no se encuentre
tan helado en las noches
y abandonado siempre.
Pero si eres entera,
si eres mujer que siente,
si el corazón te impulsa
y Dios está en tu vientre,
al marino que va
arrastrando las redes,
no le dejes partir,
de verdad, no le dejes.

VI

El mar que yo miro
y el mar que tu miras
cuando toda ojos
llorando suspiras,
es un mar que acuna
sueños y alegrías,
recuerdos de labios
y olor de caricias.
Es el mar que siente
cuando tu palpitas,

y el que ondula suave
mi melancolía.
Es el mar que duerme
bajo tus pupilas
y el que se despierta
cuando me imaginas.
El mar que yo miro
y el mar que tú miras
tan lejos que siempre
nos duele su vista,
es mar que lamenta
nuestras despedidas,
cuando toda ojos
llorando suspiras.

POEMAS DE BARRO

I

Dios, que estás tras el sol
y escuchas cada rayo
ardiente!

Dios, que nadas en las nubes
y absorves poco a poco
cada gota de viento!

Dios, que lloras en la noche
escarcha y criaturas!

Dios, que miras sin ojos
a través del azul
eternamente hueco!

Dios, que estás y no estás
sobre cada minuto!

Dios, que atraes a tu Ser
la blancura del agua!

Dios, que te haces Dios
a través de la atmósfera!

Mi barro en Tí!

II

Me pica el cuerpo,
no sé qué hacer.
Sin dormir, despierto,
no puedo comer.

- Hijo, con unto de puerco
tú te curarás.
Mira
y echa tierra molida en la puerta,
déjala detrás.
El demonio se asusta
y se te irá el mal.

Madre, que me pica el cuerpo
y no sé qué hacer.
Cuando yo era niño
tú me consolabas.
Me llenabas las manos de azúcar...

- Dí tres veces conmigo:
Jesús, María!
Dormirás con mi mano en la tuya
y, por la mañana,
el mal habrá pasado.
Todo el mal. Mañana...

III.

Erisipela,
si estás en el monte
¿por qué has bajado?
Rosa malvada,
fantasma de mi niño...
amor frustrado!
Erisipela del monte
¿quién te trajo aquí?

- El aire y el viento
me hicieron venir.

No te corto, erisipela,
con cuchillo o con puñal;
te corto con las palabras
de la Santa Trinidad.
Véte...
Deja que mi pequeño
tranquilo duerma!
Mala erisipela!

LAZARENAS BLANCAS

I

Con paso marcial,
tambores,
un viejo ya,
antes joven,
marcha anunciando la fiesta.

"Cañadulce!"

Al llegar a la esquina
como un soldado, dobla,
como un soldado, vuelve,
como un juglar, pregona.

Redoblando el tambor
con cien ojos a cuestas.

Pregona circos, juegos, bailes, fiestas.

Riéndose se aleja
de los que se han reído
de sus babas reseca,
de sus dientes podridos,
de sus canas de seda,
de su chaqueta larga,
de sus sandalias viejas.

"Cañadulce!"

...rodeado de niños,
de ventanas abiertas,
de sonrisas amigas
y palabrotas negras...

Con paso marcial,
tambores,
un viejo ya,
antes joven,
marcha anunciando la fiesta.

II

Su amor es la playa,
su amiga es la tierra.

- Mi hermana María
me quita el dinero.

Vicente "Bichuela"!

De cabeza vieja.
El de ropa vieja.
El de cara vieja.
El de vida vieja.

- Falta leche, vecino,
¿me da una peseta?

La caña en la mano,
una caña vieja,
la mano extendida
y una bolsa vieja.
Comiéndose un trozo de pan
y contando las perras.

- Yo tenía una cabra,
y mi hermana María
me dejó sin ella.

Vicente "Bichuela"!

Sentado, con cara de amigo,
descansa en la acera.

111

Catapúm!

- Tu madre!

Chinela!

- A la mierda, a la mierda!

Mujer de mala vida.

Traje roto,
andar roto.
Descalza.
Voz de trueno.
Pobre de mano sucia.

Catapúm, Chinela!

Un diente que le asoma,

podrido,
colgado de la lengua.
Caminar sin estrellas
calzado en palabrotas.

- A la mierda, a la mierda!



POEMAS DE CIELO Y MAR

I

Mar de fondo.
Inquietud serena.
Masa compacta
de algas
y de arena.
Fondo que no se ve.
Mar.

Lejanía.

Velas.

Estrellas enlazadas
por cuerdas transparentes.
Mástiles congelados.

Diafanidad presente.

Soledad absoluta
de animales y cosas.

Viento que no se mueve.

Perennidad.

Maromas.

Sollozos
y algún timple
que en la quietud solloza.

II

Soledad.

Luna.

Nubes.

Un barman
y una botella de champán.

Barco desorbitado
hediendo a viejo
y a madera vieja.

Mar que hiede a viejo.

Una guitarra yacía.

Un viejo desdentado
tembloroso y frío.
Soledad.

Luna.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar...

III

Concentración.
Redondez aromática.
Psique fallida.

Estrella que se sienta
sobre el mar.

Espustos de algún pez.

Estertores de zanjas.
Remolinos.

Vueltas de la cabeza
sobre olas y olas.

Olas...

Infinito.

Ultima soledad
del que navega a solas.

Ultimo despertar
del que se ha dormido.

Concentración
sobre el mar
de todas nuestras voces y gemidos.

Eternamente lejos del hogar.

Infinito.

IV

Dos de la mañana.

Nostálgico.

Vaso de leche helada,
ronda del último duro.

Recuerdos del mar
perdido
en medio de la media
madrugada.

Con una brisa helada.

Con la esperanza helada.

Noche
desesperada
del mes de Julio.

Es un barco de carbón.

Madrugada.

Ultimo chapoteo salobre
del corazón.

POEMAS ROTOS

I

Romería arriba,
arriba del prado,

oh buen Al-Sabáh!

te perdiste en el monte, en la luna, en el...

oh buen Al-Sabáh!

te perdiste, amado.

Te busqué llorando
en otras mujeres...

"Al-Sabáh bono gar me d'on venis",

oh buen Al-Sabáh!,

yo sé que a otra amas
y no me quieres.

II

Una mujer de luto
camina lentamente.

La Iglesia.

Tocan a misa.

Su rostro va sembrado
de dignidad, nobleza.

- ¿Quién eres, buena anciana?
- Soy vuestra sierva, señor.
- ¿No sois acaso madre
de aquel traidor Vergyles
que envejece en mi cárcel?
- ¿Traidor llamais, mi Rey,
a quien otro pecado
no tuvo sino amor?

Palabras de nostalgia,
recuerdos del pasado.
Amor. "Vergyles ama
la prima del señor".

III

A sus pies yacía
nuestro gran guerrero.
Aureolas de sangre
y de sol.

Carlomagno llora
tan buen compañero.

Y un trovador dice:

- Mi Rey, es el tiempo
que llevamos de lucha!

El Rey le responde:

- Entre tiempo y tiempo,
trovador sin nombre,
canta mi llanto y mi sangre
tendida en el suelo.

A sus pies yacía
nuestro gran guerrero
bajo Durandarte.
"Por las barbas floridas
bermeja salía la sangre".

POEMAS VACIOS

I

La ilusión es la quimera
que crece en el cementerio
de una casa solitaria.

La cocina de calderos,
los manteles de toallas,
y el corazón trasnochado
de pesadillas amargas.

La hueca voz de los toldos,
el corazón, sobrecamas,
jarras de barro torcido
son todas las esperanzas.

Y de la ventana al patio
un crepúsculo y un gato.

II

Mi casa está vacía.

Por las paredes todas
se suben las hormigas.

Los pensamientos trepan
por las enredaderas.

En el patio se secan
las flores del estío.

Las moscas se pasean
por los cristales sucios.

Yo rezo al despertarme
por no sentir hastío.

III

Llega el lechero
por la mañana.

Toca en la puerta

y en la ventana.
Vuelan las moscas.
Callan los grillos.
Los gatos saltan.
La araña teje.
La Luz palpita.
Llora algun niño.
Nadie lo siente.

I

Quijote
falseado
poeta
y armonía

Poesía
sonora
profana
y ansiedad

Locuras
leyendas
fantasía

Tristeza
y amarga
soledad

II

Va
sobre su Rocinante
el caballero andante
loco y sonoro en carcajadas frías.

Ya
en el sol de la Mancha
el Oriente se ensancha
como en otros radiantes mediodías.

Labra su nido para el amor austero
y medita
y ora

e infinita
aurora
oye latir su corazón guerrero.

III

Recuerdo aquel buen Cid y buen guerrero
que entre lides y treguas una misa
pedía que le dijese, y al Manchego
que nunca entró en la iglesia por la prisa.

Honrado y gran vasallo era Rodrigo,
honesto caballero don Quijote,
el uno hecho en lecturas y en azotes
y el otro entre destierros y enemigos.

Jimena y Dulcinea, destierro y héroe
se unieron con hidalgo y aventura
para crear al hombre del presente,
pues ambos han seguido en esa lucha
como fieles ejemplos, de tal suerte
que vivimos de héroes y locuras.

POEMA EN GRIS

I

Los grises arrecifes ajenos de corales,
las algas y las conchas, frutas y cereales,
caliza deslizada en rígidos pedregales,
sales y arenas rubias de las profundidades.
Insitos valles grises de euritmia ventisquera,
Norte a Norte de ásperos y extensos malpaíses
que presagian la luna; la sobria y gris pitera.
Tierra exabrupta y hosca de fértiles raíces,
de paz, de colorido y de esbeltas palmeras.
Isla de los volcanes, roferos y picones,
geriales que se ahuecan en trenzados parrales,
el viento y el Océano azulinos y ocreos.
Todo parece cándido, todo luce inquietante,
las piedras tan desnudas, las montañas tan pobres,
todo por solitario, tranquilo, emocionante.
Isla de nubes grises y de viento constante.
Isla de infierno y gloria, pues todo se ha quemado
abriéndose en colores y en ebrias oquedades,
en místico silencio, en el más limpio ocaso,
en combadas llanuras y en sosiego del cielo,
en claro sol del trópico, en polvo del desierto,
en caminar de barcos y en vuelo gris del ave.

II

Entre barcos y olas
nacen los arrecifes.
Palomares de miles de gaviotas.
Quechemarines grises.

III

Por el camino viejo
de tierra y de picones
vigilan las piteras.

El borriquillo viene
cargando en ambas veras
azadas y zurrone.
El perro que lo guía.
La vieja gris y pobre.
Las llanuras vacías.
Los grises horizontes.

IV

Sobre las piedras rígidas
se crece el musgo blanco
con el agua de lluvia.
Palmeras y barrancos,
concavidades húmedas!

V

Palmeras que coronan
desnudos altozanos,
palmeras que me escalan
roquedos y laderas,
roquedos y palmeras
formando esbeltos valles,
grisientos roquedales,
bellísimas palmeras.

VI

ermes arrugados,
las caras mal aradas,
los surcos requemados,
los ojos, las pestañas,
los brazos cenicientos,
los torpes pies y lentos,
los rostros y miradas,
los rostros y los labios,
los rostros y miradas,
hablar tan sosegado.

VII

Esperando la lluvia
canta el timble en la noche.
Canta gris. Canta ocre.
Las cabras que se pacen
sobre los malpaíses
llueven balidos grises.
Los volcanes refrescan
en las redes y olas.
Las barcas y los hombres
meciendo las raíces.

VIII

Grisáceos valles de piedras carcomidas
a base de roferos.
Valles torcidos y valles tan erectos!
Obeliscos de lava y de ceniza
sepultados en viento!

IX

Los sembrados separan
mojones de centéno.
Juegan los niños entre surco y surco
al tejo.
Los camellos arrastran los arados.
Croa el sapo en la charca.
Las liebres y conejos
huyen a los breñales y a las zarzas.

X

Disminución al viento y amplitud a la lluvia
de parrales e higueras.
Crepúsculo por entre los tomates y maíces.
Tabaco a rás de tierra.
Oquedades buscando las raíces.
Sobrios cercos de piedra.

XI

Eles de blancas casas,
blanquísimas siluetas
de sales y de ermitas,
de pañuelos y capas.
Gualdas adormideras.
Encendidas guayabas.
Verdes bocas de gerias.
Rojas estalacmitas.

XII

Barranco arriba
van las tabáibas
y las hormigas.
Barranco abajo
el polvo seco
piedras y cardos.

XIII

Estériles oasis
del seno de la tierra,
las más místicas cuevas:
Alboradas y ocasos
de mañanas y tardes
por entre los crustáceos.
Charcas de agua salada
filtrando las paredes
de polícroma lava.
Senderos de peñascos.

XIV

El viento y el sol forman
jorobas de camello
donde descansa el polvo.
El mar ondea geriales
escarbados por perros.
Y con este buen vino
moscatel aventado
los barcos vuelven ebrios.

XV

Titeroigatra antigua, de gris caballeresco,
de roquedos y olas, vientos y palmerales,
de barquillas y arados, de volcanes y valles,
de cuevas y altozanos, de aljibes y roferos,
de cabras y camellos, de breñales y cardos;
Titeroigatra antigua ondulada a lo largo
de millares de peces; Isla vinicolar
que añora red y lluvia, la cosecha y el mar.

LIBRO SEGUNDO

Poemas para arrullar a niños pobres

SOR MIQUELA

- Hasta aquí, la educación de los pueblos -dijo don Tomás, observando a su viejo amigo Jerónimo por encima de las gafas y del periódico: No sólo carecen de la educación humana más elemental, sino que llegan a confundir la superstición con lo religioso, y, lo que es peor, los sentimientos personales con los universales, transformándolos en absurda religión. ¡Bah, las escuelas!...

- Pero Miguela - protestó don Jerónimo, bien apoyado en sus muletas, - no pertenece a esa clase de pueblo que pueda ser educado fácilmente. Su modo de vida, su misma religión son salvajes, y a pesar de todo irradian a veces amor y perfección sumos.

Y era así. Porque Miguela jugaba con muñecas de trapo, brincaba a la cuerda, ganaba en el tejo, y siempre quedaba sumisa, obediente al menor consejo. Tenía trece años. Pero parecía formada y entera, como una palmera verde todavía. Quería entrar de monja, Cuando fuera mayor tendría larga toca, hermoso fulgor, y sería toda de Nuestro Señor.

- Esta hija nuestra- se lamentaba señá Juana, -no sé qué pensará. Se le ha metido en la cabeza entrar en convento, como la hija de comadre Cecilia.

- Nuestra hija- replicó molesto cho Justo, sorbiendo la pipa con nerviosismo, -no anda muy bien de los cascos. En cuanto asome por aquí el doctor Silverio le daré un par de cestas de papas para que la examine. A nadie se le ocurre estar viendo a Nuestro Señor -dijo santi guándose, - con sus barbas rubias y trajes andrajosos, y quitarnos nuestra comida para llevársela. Esta hija nuestra no necesita conventos, sino un manicomio.

Miguela los oía. Miguela se apenaba. A solas, escondida, en el alpende, en la paja, oraba de rodillas, lloraba, sonreía, y sólo deseaba llegar al mediodía para ver al mendigo y entregarle su alma. Cuando trabajaba por el campo o cosía, cuando en la mañana a Cristo llamaba, cuando por la noche su sueño le daba, cuando descansaba o cuando comía sólo a Dios miraba, al pobre mendigo a quién ella quería.

- Lo que deben enviar a los pueblos-afirmó don Tomás, - son buenos curas jóvenes, que actúen más y prediquen menos. De ese modo se evitarán estos sucesos lamentables.

Era toda rubia. Dos trenzas de nácar dormían en su pecho recién-

te. Y toda su cara parecía de leche. Los ojos tan negros, que en las mismas noches oscuras brillaban. Tan pobre, descalza, tan humilde siempre, que si no fuera por su extraño sueño de que a Cristo viera, sería la muchacha más buena del pueblo, también la más guapa. Ahora la gente la menospreciaba porque no miraba al mozo Clemente, ni iba a la fuente a buscar el agua, ni jugaba al tejo, ni su campo araba. Porque últimamente sólo le bastaba amar al mendigo que la consolaba. ¡Y qué bello el trigo! ¡Cómo germinaba cuando Micaela las manos le daba al pobre mendigo que la enamoraba!

- Señor, soy toda tuya. Tú me has tenido siempre y siempre te he soñado. Entregarte mi cuerpo es porque te he amado. Tuya es mi alma y a tí te la consagro. No quiero otro consuelo que tu besode sangre. No quiero despertarme. Bésame y no te olvido. ¡No, no comas!... Es tarde y se marchita el trigo si tú no me sonríes ni dices que me amas. Así tendrás mi alma. Y yo estaré contigo. Ya no me importa el alba ni me amedra la noche. Eres mi luz, mi Norte. Oigo el cantar del agua cuando digo tú nombre.

- Y por lo visto- exclamó don Tomás enfadado, dando un manotazo al periódico, -la muy tonta se entregó a ese miserable mendigo con cara de Nazareno. Claro, y luego los follones. Echan de casa a la pobre niña, demandan a un menestero con cara de santo, que se lo ha tragado la tierra...

- ¿Es verdad lo que dicen secreto?-la gritó cho Justo.- ¿Es verdad que le has entregado el cuerpo y el alma a ese pordiosero?

- Así lo confieso.

- ¡Fuera de ésta casa! ¡Fuera de éste pueblo! ¡Qué no haya una sábana que te dé cobijo! ¡Qué no haya un bocado que te dé alimento! ¡Dios no me dió un hijo, y ésta es sucio estiércol!

- Y la muchacha - corroboró asintiendo don Jerónimo, - muere en una cueva del barranco, acosada por el hambre, el frío y la miseria. Sí-respiró profundo, -tiene usted razón: Las supersticiones infantiles destrozan la personalidad. Pero ¿que culpa tienen los maestros o los curas de éste estado de cosas de nuestros pueblos?

- ¿Qué culpa?... ¡Bah!...

¡Qué culpa!... ¡Qué culpa!... se fué diciendo en protestas despectivas, mientras doblaba a disgusto el periódico y guardaba las gafas en el bolsillo. Al pasar por el campo de trigo, se detuvo un instante y pensó. "¡Diantres, no se ha hallado al mendigo! Y aquí está el trigo. Y Miguela murió. Y nadie del pueblo jamás vió al mendigo. ¿Será ese Clemente maldito que se disfrazó? ¿Sería el mismo Dios, que quiso imponerle esa dura prueba? ¿Tendrá gloria eterna donde lo vea siempre?... ¡Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!"...

LOS AMIGOS DE LOLINA

- Abuela decía que Lolina... ¿Me prometes dormirte, mi hija?
- Díme qué decía.
- Si eres buenecita y te duermes pronto. Mamá se ha dormido. Y las niñas buenas...
- Díme que decía.

Qué sedoso su pelo moreno. Le acaricio la cabeza, se duerme siempre que la acaricio con suavidad. Apenas tiene siete años. Y es tan pequeña, tan pitusilla, que sólo me nace quererla. Me siento en la cama, y deajo que me mire con sus grandes ojos negros.

- Lolina tenía cinco años. Y los médicos la había deshauciado.

- ¿Qué es deshauciado?

- Pues... Cuando una persona padece una enfermedad muy grave y sin remedio de vida. Lolina, por ejemplo, tenía el corazón demasiado grande para su cuerpecito. Y cómo era la hija única que Dios había enviado a un feliz matrimonio, sus padres se apenaban desconsoladamente por la enfermedad y porque sabían que en cualquier momento podía morirse. Por eso procuraban no contrariarla, cualquier disgusto podía serle fatal. Pero a Lolina no le dañaban los mimos que continuamente le prodigaban sus padres. La habían llevado a los mejores especialistas y se habían gastado casi toda la fortuna buscándole alguna salvación. Era buena, sencilla, obediente. Sobre todo, gran amiga de los animales. Jamás permitía que se dañara a algún animalillo en su presencia. Y si se enteraba que algún amiguito o vecino maltrataban a algún animal, los reprendía con dureza, porque también los animales representan diferentes aspectos de Dios, su creador. Y tú sabes que Dios está en todas partes. Y que sólo logramos verle indirectamente, a través de las criaturas que él ha creado. Hay quien asegura, incluso, que Lolina hablaba y se entendía con los pececillos, gaviotas y palomas. Y que éstos jamás se asustaban al verla, sino que venían a acariciarla con sus alas o escamas, jugueteando con ella. Por eso no debe extrañarte el que fuera Hermes, el gobernador de las gaviotas de ésta Isla, la más bella gaviota que jamás hayas visto, toda blanca con corazoncitos negros en los extremos de sus plumas, quien la salvara una mañana de perecer ahogada, en el mismo sitio donde hoy se encuentra el castillo de San Gabriel.

Y era que Lolina tan cándida era, y era que a Lolina tanto le agradaba jugar con las olas y pisar el agua, hablar con los peces y sentir las olas cerca de su cara, que rodó una roca cayendo en el agua del mar. Callaron los peces, lloraron las algas, gritaron las aves todas a la par. Lo oyó el bello Hermes que estaba posado en el alto mástil de un barco pesquero. y acudió ligero, logrando sacar del agua

a Lolina quien, media asfixiada de tanto llorar, gemía y gemía, latía sin cesar.

Hermes, como todos los animalillos que conocían la enfermedad de la niña, se asustó extraordinariamente por las fatales consecuencias que aquel disgusto pudiera ocasionarle. Y en agudísimos graznidos lanzó a lo cuatro vientos señales de alarma, en busca de los mejores y más sabios médicos del mundo animal de los alrededores. Ordenó a todo el ejército de gaviotas que entretuviesen a la pequeña, trazando en el aire las más bellas piruetas y encantados dibujos. Lolina, más tranquila ante tanto cariño, empezaba a sonreír, y a aplaudir, y a abrazar a Hermes, a quien conocía muy bien, besándolo en el cuello y en el pico. Mientras, las gaviotas de grisientas alas alzaban sus picos y se planeaban en diversas letras muy bien ensayadas, rozaban las olas y se levantaban, graznaban, graznaban a un mismo compás. ¡Qué hermosa la mar! ¡Cómo desfilaban todas las gaviotas ante el capitán!

"Qué hermosos los ojos de mi hija!, pensé mientras le hablaba. Me detuve un poco por sí dormía. Pero me miraba". Y me decía abuela- continué, -que al poco tiempo aparecieron en el lugar el camello Ginesillo y el sabio escarabajo Gruñón, nombre que le habían dado sus congéneres por el carácter arisco y solitario de tan ilustre médico. Lolina se alegró montones al verles, acariciando a Ginesillo, que se acurrucó a su lado, luciendo sus dos bellas y doradas jorobas, y sonriendo con sus gruesos y tiernos belfos, y tomó en sus manos a Gruñón, dejando que jugueteara en ellas. Pero ni Ginesillo ni Gruñón jugaban realmente. Sino que tomaban las palpitaciones de la niña, mirando desconsoladamente al triste capitán de las gaviotas. El corazón latía demasiado fuerte y rápido, y todos conocían el terrible alcance de tales palpitaciones.

- ¿Qué mirais? - les decía la niña. - ¿Qué teneis?. ¿Qué os decís con los ojos? Quereis que yo os cante? Os quiero contentos, no me entristecais. Eres elegante, Ginesillo mío. ¿Cómo está tú padre? Y a tí, Gruñonsillo, le diré a mi Hermes que con todo el pico te dé un picotazo si hieres mi brazo con tus dientecillos. ¿Por qué estais tan tristes? Si tristes estáis, también me apenais.

Pero no se apenó, no. En realidad, Lolina procuraba no apenarse, porque siempre prefería aliviar las penas ajenas olvidando las propias. E iba a cantarles una bella canción, cuando el capitán Hermes avistó a la reina de las Sirenas, quien cortaba las olas con tal rapidez que dejó a Lolina con la boca a medio abrir. "¡Anda, si es Pino, la Sirenita Roja"! Y era, sí, la Sirenita Roja.

- ¿Una sirenita de verdad, papaíto?

- Sí, hija mía, de verdad.

- ¿Y existen las Sirenitas de verdad, y de color rojo?

- Existen de verdad, existen. Pero Pino no era una sirena como las otras. Sino la Reina de las sirenas. Por eso era la más hermosa, Dios la había recubierto de escamas de rubí. Y sus cabellos eran tan

largos, que parecían un manto de hebras de oro sobre las olas. Y tan rubia, tan blanca, de ojos tan azules, que era la Sirenita más bonita de todas las latitudes. Reinaba en una Isla misteriosa y secreta, buscada por nuestros sabios marinos, santos y anacoretas. Isla de San Borondón. Baja al fondo del mar, sube a tomar el sol, y cuando los barcos que la han divisado creen alcanzarla por algún costado, desapareció, Isla secreta de San Borondón.

- ¿La Isla de San Borondón?

- Allí mandan Sirenas. La Reina es Pinito. Hay ángeles buenos, héroes y escritores, santos y tritones. También hay roferos, lavas y picones, gerias y viñedos, muchísimas flores y muchos volcanes y, como en nuestra Isla, muchísimos peces y muchísimas aves. Todos nuestros sueños, nuestras ilusiones, el querer ser buenos y nuestros amores tienen sus raíces, lo quiso el Señor, en los arrecifes de San Borondón. Y las almas buenas, las niñas sencillas, los padres y madres, los Reyes de Oriente, todas las estrellas vienen de esa tierra y se van a ella felices y alegres. ¿No ves como brillan y saltan los astros con tanta alegría? ¿No ves que tu madre te acuna en sus brazos? ¿Por qué, hija mía? Porque esa Isla nos lleva en sus sueños. Y nos manda hadas, enanos y duendes. Y Caperucitas, lobos y Blancanieves. Y Barbas Azules, y a las Cenicientas, y a los dulces cisnes y hermosas cigüeñas.

- ¿Y a la cabritilla y sus siete baifitos?

- Y al ogro, y al gato...

- ¡Qué buena es Pinito!

- Muy buena, mi hija, muy buena. Pero imagínate ahora la alegría de Lolina al ver ante sí a la Sirenita de sus sueños. ¡Cuantas veces le habían hablado de ella! ¡Cómo la respetaban todos los animales y peces! Incluso una vez que un gran pez amenazó a la niña en la playa, Lolina mencionó el nombre de Pinito, y el pez inclinó sus fauces y huyó despavorido. ¡Qué gran Reina! Y de verdad que debía ser muy valiente, por el temor que despertaba en todos los animales. Sin embargo, poseía un gran corazón. Por eso se entristeció y se apresuró al oír que Lolina, la niña tan querida por ella, porque todos los animalillos, le habían contado lo buena que era, se apresuró, te digo, hija mía, a acudir en su ayuda.

Las gaviotas se habían alineado en la costa. Ginesillo en pie, respetuoso. Al frente de ellos, el capitán Hermes, con las puntas de las alas elevadas hacia la cabeza, la saludó militarmente. Todas las gaviotas a la par, acompañadas por la hueca voz de Ginesillo y el ruido aleteo de Grufión, sonaron una inusitada piza marcial de graznidos, a la que respondió la Reina de las Sirenas saludando con la mano derecha a Hermes, y pasando una ligera revista militar a las gaviotas. Antes de acercarse a besar y a acariciar a Lolina, mantuvo un pequeño cambio de impresiones con los médicos. ¡Qué feliz era la pequeña, qué feliz, que feliz!... Apenas salía de su asombro.

Es que, de verdad, era tan bonita Pino... Su cara tan bonita co-



mo la de la Virgen. Y el traje de telas de rubíes le llegaba hasta el cuello, del que pendía un*precioso collar de perlas hasta la cintura. ¡Qué hermosa su cola brillante! ¡Qué blancos sus brazos desnudos! ¡Qué largo y que rubio su pelo! ¿Y sus grandes ojos?... Tan azules, tan azules, tan azules como de aquí al cielo, vaya. Como se dejaba acariciar Lolina, le preguntaba por su Reino y por su Isla, por todos sus amigos, por los pececillos que ella más quería. Lolina quedó, de tanto encanto, endormecida en sus brazos.

- En mi Isla- dijo Pino, apenada pero alegre también, -no hay ninguna niña de corazón grande. Y ésta es la más hermosa y querida que hemos tenido todos los animales. Sé que Dios dejará que viva con nosotros y que no muera nunca. Por lo tanto, es mi real voluntad que le bailemos el vals del sueño encantado para llevarla de ese modo a mi Reino.

- Es preferible- gimió Ginesillo, -a que muera dentro de poco. Porque ya su corazón tiene muy poca vida. Y un corazón tan bueno no puede morir.

- No llores-dijo Pino. - Ni vosotros tampoco. ¡Vamos, Gruñón-lo animó, acariciándolo con sus dedos, -no presumas ahora de sentimental! Os prometo daros noticia de ella de cuando en cuando. Me oireis cantar. Oireis ni cantar con el viento que mece los árboles y levanta el polvo, con el que sueña en los volcanes y empuja la lluvia, en las palmeras, en los barrancos, en todas partes. Os estaré diciendo cosas de Lolina. Y tan alegre será, tan feliz, que alguna vez oireis desde aquí los latidos de su corazón. Os lo prometo. Llamémos ahora a nuestros amigos los músicos para que nos acompañen a bailar.

Lolina despertó poco a poco. Al sólo deseo de la Reina acudieron a la costa más de mil cangrejos, gambas, erizos, carabineros y caracolas. Y todos alineados, o formando grupos, o unos sobre otros, al alzar la mano la Sirenita Roja empezaron a sonar sus púas, pinzas y antenas en una melodía sin par.

- ¡Uui!... ¿Qué es todo ésto, Sirenita?-preguntó la niña.- ¿Qué música es ésta? ¿Por qué has traído a todos mis amigos? ¿Cómo te quiero, Sirenita Roja! ¿No dejarás que se vayan, verdad?

- Todos han venido para agradarte. Y ahora, quédate aquí sentadita, porque quiero cantar y bailar para tí.

- ¿Dejarás que te acompañe? ¡Me gustaría tanto!...

- No, no, tú nos verás desde aquí. Esta roca parece una cuna, y podrás quedarte dormida.

- ¡Me gustaría tanto cantar contigo!...

- Pues si quieres cantar y estar conmigo para siempre, te dormirás.

Lolina obedeció. Alzó otra vez la mano la Sirenita, y las gaviotas empezaron a graznar un vals encantado, mientras Ginesillo, con su potentísima, ronca y hueca voz llevaba la pauta tamboril. Un grupo de gaviotas parecía violines, otro trompetas, otro saxofones, otro el piano. Los cangrejos y demás animalillos marinos hacían de bajos. Las antenas parecían finísimos platillos. Y el mar, verde grisiento, de

brillo plateado en diseminadas lentejuelas de sol.

Se deslizó entre las olas Pino, después de besar a Lolina, y empezó a bailar aquel maravilloso vals, al tiempo que Hermes, revoloteaba sobre ella, sirviéndole de pareja. Y entre los dos, en un dúo de voces singularísimo, durmieron poco a poco a la pequeña. "Duérmete mi niña - duerme ya - yo soy las nubes - tú eres el mar.- Duérmete Lolina - si quieres gozar- el cielo en la tierra - y la inmortalidad.- Tus padres son tierra, -la tierra se va, - pero el alma buena - nunca morirá.- Duérmete mi niña- duerme ya, -Dios está en las nubes,- Dios está en el mar".

!Qué linda mi pitusa ya dormida! Cómo Lolina. Quizás esté realmente con ella. Ha cerrado sus grandes ojos negros, y la tapo bien, con cuidado, así, para que ni siquiera mi amor pueda privarla de éste maravilloso sueño. Está bello el mar. Pero los padres no podemos amarle sin dolor mientras existen ojos tan grandes y tan negros cómo Dios me los dió. Por eso nuestros padres levantaron allí el hoy viejo castillo de San Gabriel: Para proteger la Isla contra las sirenas. Porque a pesar de que se llevan a los mejores niños a la más maravillosa de las Islas, la Isla misteriosa donde nunca se muere, sin embargo son nuestros hijos, y evitamos que nos lo quiten. Aunque nos duela el recuerdo de que tengan que morir como nosotros.

LA FEUCHA MARIMAR

Esta es la historia de una gaviota feúcha llamada María del Mar. Si no recordais a don Serafín, permitidme que mencione algo de su persona, puesto que es justo que conozcáis la verdad, y, de éste modo ameis mucho más a nuestra gaviota y apreciéis la estima que merece la historia.

Don Serafín era un poeta, nuestros padres os lo señalarían con el dedo si volviese del más allá y deambulase de nuevo por vuestras calles y por el parque. Tenía una larga barba canienta y abundantísimas cejas que le colgaban sobre los párpados. Los mechones cenizas de su rizada cabeza amplia lo volvían más inconfundible. Y siempre con el bastón, trac, trac, acompasando el ritmo de sus ideas. Los poetas a veces se elevan muy alto en sus pensamientos y visiones. Algunos poetas, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, han coronado alturas místicas hasta hablar secretamente con el mismo Dios y narrarnos luego, en bellas poesías, éstas impresiones, que nosotros apenas comprendemos, claro, porque no somos santos. Sea como fuese, los poetas y sus sueños se elevan por encima de los nuestros, y alcanzan y contemplan visiones y maravillas que jamás podríamos sospechar. Por eso don Serafín, paso a paso, en un día de áspera tormenta de viento y de polvo, imaginó y disfrutó lo que ocurría sobre las nubes.

!Ruge la tormenta, ruge la tormenta! El viento enfadado levanta y levanta mucho polvo seco. !Ruge la tormenta! Niños asustados ven tras los cristales el viento escarbando la tierra!... ¡Y Marimar?! Pobre Marimar, la solitaria, la feúcha, la despreciada!... Excluída del reino de las gaviotas y del de las palomas. Siempre triste. Pero de un corazón tan grande que jamás encontrareis un alma más bondadosa, más caritativa ni más sencilla. Porque, simplemente porque, abandonada de todas sus amigas, sólo podía hablar con Dios y confesarle sus penas. Y Dios, entonces, embelleció su alma, como a la de todos aquellos que le aman.

Lo cierto es que los padres de Marimar, el sabio general Titeiroi y la bondadosa Arrecife eran tan feúchos, que tuvieron una hijita mitad gaviota y mitad paloma, de color ceniza, pico blanco, y deformes rayas azabaches cruzándole el cuerpo. Las gaviotas la tildaron de monstruo, y, como tal, mataron a picotazos a sus padres, para que no engendraran otros monstruos como aquel, y dejaron a la recién nacida abandonada en la desértica Isla de Lobos, pensando que no tardaría en morir de hambre y de frío. Pero desconocían éstas gaviotas perversas que en aquella Isla existía una pequeña tribu de palomas montaraces. casi de los mismos colores que la abandonada, mandadas

por el prudente anciano Doramas. Este jefe de tribu, apiadado de la pequeñina, la bautizó con el nombre de María del Mar, adoptándola y criándola como a su propia hija, ya que desgraciadamente el Cielo no le había concedido descendencia.

Vivió feliz Marimar hasta los pocos meses, en que empezó a tener conciencia de su estirpe, y a alimentarse solamente de pececillos y de caracoles. Las palomas no la comprendían, y difícilmente acataban sus nuevos gustos y costumbres. Marimar empezó a entristecer. Y sólo cedía al ruido de olas, reía con la brisa, oía caracolas, graznaba en las charcas, soñaba con Africa y en las otras Islas, apenas reía, a veces lloraba. Varias veces vió pasar densos grupos de gaviotas, incluso a la misma reina Dolores, la bellísima Dolores toda blanca, y fué despreciada a picotazos al intentar unírseles. Doramas la consolaba. Y las palomas de la tribu celebraban fiestas para divertirla. Pero Marimar apenas comía, apenas soñaba, apenas dormía, apenas hablaba.

Mucho más solitaria quedó, más triste al morir su viejo padre adoptivo y huir la tribu de palomas a otra Isla, cercana más prometedorra y fértil. Marimar no quiso unírseles. Y quedó completamente sólo en la Isla. Sin embargo, ahora era la reina. Nadie la molestaba. Y tenía cuantos peces y caracolas quería. Podía graznar, nadar, subir muy alto, muy alto, hasta donde los ojos no pudiesen casi distinguir su Isla. Podía bailar en el aire, saltar en las nubes, pisar las estrellas, dormir en las cumbres. Y con Dios hablaba. ¡Como le contaba tanta pesadumbre!

Las gaviotas, por otra parte, habían cambiado un poco de opinión respecto a la que ellas llamaban "feúcha". Los vigías de la reina Dolores se habían extrañado varias veces de la inusitada altura que alcanzaba aquella gaviota de cuerpo de paloma. Y cómo, por muy alto que ascendiese, muchísimo más que ellas, quienes apenas podía llegar a los mil piés, ya que enseguida se asfixiaban, por muy alto que ascendiese, repito, Marimar nunca perdía el rastro para regresar a su Isla deshabitada. ¡Qué extraña les resultaba aquella gaviota! ¡Y qué envidia interior concebían contra ella! La misma reina Dolores, más magnánima y prudente, y ajena al abandono de la recién nacida, oía con admiración lo que sus vigías le narraban. Y si no fuese por el envidioso general Tazarte, causante directo de la muerte de los padres de Marimar, y de su propio abandono, quien continuamente disuadía a la Reina respecto a la fea gaviota, ya ésta hubiese entrado a formar parte de la escolta real.

De éste modo andaban las cosas, cuando el rey Neptuno, rey y señor de las profundidades marinas, se irritó contra el pez espada Taoro. Neptuno cogía perlas para su esposa, la reina Tetis, cerca de las Islas Azóres. Y Taoro, que venía lanzado, erró el camino al enredárselo en los ojos unas algas, clavando su larga y afilada espada en las nalgas del Rey. Gritó éste, lo maldijo y dió resoplidos con tan-

ta agudeza, que se abrió el Océano, saliendo el largo resoplido a exterior en forma de huracán. Si imagináis ahora que el rey Neptura era un gigante poderosísimo, comprendereis la intensidad vertiginosa del viento. Hundió barcos, levantó gigantescas olas, arrasó las costas cercanas, y llegó a éstas Islas levantando gran cantidad de polvo y de tierra, al punto que apenas se podía andar, y apenas se distinguían los objetos a más de diez metros de distancia. Pero el poeta don Serafín, protegidos sus ojos por las largas y fecundas cejas, pudo ver por encima del viento y de las tupidas nubes de tierra que aquél levantaba, e imaginar lo que ocurría en la altura, precisamente en el reino de las gaviotas.

La alarma había cundido entre ellos. Tan fuerte soplabla el viento, que muchas gaviotas perecieron estrelladas, contra los riscos en su intento de alzar el vuelo y refugiarse en la altura. Tan denso era el huracán, que incluso alcanzando las gaviotas la mayor altura que les permitía sus pulmones, no estaban a salvo. Y se las habían y deseaban para proteger sobre todo a la Reina, formando en su torno una mesa compacta. Pero cual no sería la sorpresa de todas, cuando distinguieron muy por encima de ellas, en la más remota altura, un cuerpito ceniza con rayitas negras y un pico blanco que brillaba al sol. Estaba tan quieta Marimar, que todas las gaviotas dejaron de graznar. Y miraban arriba, y miraban abajo. Y el envidioso general decía "no" a la Reina. Pero Dolores sufría con pena el ronco llorar de los suyos, el peligro del viento y la tierra. Llamó a su trompeta, y éste dió en llamar a la feúcha y sóla Marimar.

!Que alegría la de Marimar! Revoloteó en la altura luciendo ante las asustadas congéneres todas sus excelentes cualidades. Se lanzó vertiginosamente contra el viento y el povo y los salvó en un alarde de buen planear. !Cómo le admiraban la Reina y el mar! !Cómo el mismo viento se abría a su paso para que no diese en tropezar contra los peñascos! Se opuso Tazarte. Y como no tenía otro recurso ante la Reina que exponerle los motivos por los que Marimar no debía ser admitida entre ellas, Dolores conoció la perversidad del general y su envidia, ordenando a los guardias reales que lo despedazasen en su presencia. Castigado el traidor, la Reina llamó a Marimar, se excusó ante ella, pidiéndole perdón por su abandono, y le suplicó las guías se hacia algún lugar donde pudiesen estar a salvo.

!Que orgullosa iba ahora Marimar, la feúcha, al frente de las mil gaviotas! Las enseñó a acompasar la respiración, alargándola, a aligerar el vuelo, economizando luego las energías en largos planeos, y a subir y a bajar vertiginosamente en busca del aire sin perder el ritmo de la marcha ni el rastro de las compañeras. !Y cómo se alineaban ahora las gaviotas en larguísima hilera para mejor cortar el viento! !Qué bellas y elegantes rutilando, cayendo y subiendo como las estrellas, parpadeando como globos de aire! Tan diminutas y altas que apenas podía distinguir las la sagaz imaginación de don Serafín.

Las mantuvo así varias horas el nuevo guía, hasta que percibió el

rastro fresco de unas palomas. Supuso Marimar que aquel rastro las llevaría a un refugio seguro. Y así fué. Porque encontraron, en una loma norteña, un caserón vacío, donde la tribu de palomas montaraces que la habían recogido estaba refugiada. La recibieron con gran alborozo, llenaron de presentes a la reina Dolores, y les prodigaron refugio y protección hasta que acabó la tormenta. En ese momento, la reina Dolores, y en presencia de sus amigas, las palomas, premió a Marimar, la feúcha, nombrándola general mayor de su reino, sellando, al mismo tiempo, eterna amistad con las palomas, por haberles salvado y educado a tan sabio y valeroso general.

Y nunca fué tan feliz Marimar que recibiendo muestras de tanta amistad. No abusó de su cargo. Era justa y leal. Socorría a los pobres y a los enfermos. Y, al castigar, pedía consejo al mar. La feúchá Marimar. La gaviota más querida de don Serafín, hasta el mismo día en que Dios Nuestro Señor quiso llevárselo a lo alto para verla siempre desde allí.

EL HUERFANO AZUL

¡Vaya con don Moisés! ¡Sabe tantas cosas!... Sí, allá en la guerra... Tantas cosas que lo han convertido poco a poco en la mofa del valle. Quién mas quién menos toma a chacota las palabras del viejo zapatero. Pero cuando él estuvo en la guerra... Lo cierto es que don Moisés es un acérrimo defensor de las numerosas palmeras del valle. Y ya por piedad, ya por no malherirlo - las defiende con su propia vida, -las palmeras que él ama mueren en pié, sin ser tocadas por el hacha, pese a la grandiosa esbeltez y hermosura de algunas, solicitadas por los mejores parques de la nación. Una de esas palmeras es el Huérfano Azul, la más apreciada por don Moisés, y la más solicitada. Tristemente, el zapatero es el único conocedor de su secreto y del origen de su extraño color. Y no le importa que se mofen de él. Al Huérfano Azul hay que protegerlo.

En el extremo de éste amplio valle abierto al mar, al borde de la misma ladera, podemos distinguir una vieja y alta palmera semi encorbada por los años y de hojas marchitas, ya infecunda. Es Guanarteme, condesa del valle de Haría. Junto a ella, el viejo tronco astillado de otra palmera, el viejo Conde, muerto en una de las continuas pugnas contra los leñadores para defender su extenso condado. Había sido, el Conde de Haría, disipador y palmeriego, pues nunca dejaba de coquetear con las palmeras campesinas que le servían. El único acto honroso de su existencia fué dar la vida en defensa de esas mismas palmeras. La vieja condesa Guanarteme, os lo explicais ahora, no puede guardar otro recuerdo satisfactorio de su difunto esposo que el de éste sacrificio final. De ahí que nunca haya permitido que le arrebatan su tronco de al lado. Sin embargo, bien es cierto que la sabia y prudente condesa, y conociendo el carácter voluble de su esposo, le ocultó el mayor bien y alegría que en el mundo puedan tener las criaturas de Dios: un hijo. De éste modo, el Conde no le pervertiría con sus malos ejemplos y aventuras.

Porqué sucedió que una mañana, cuando las flores con el rocío abren sus capullos, y dan suspiros, y el cielo todo viste colores, y las palmeras dan bostezones desperezándose, entre sus ramas la Condesita abrió un palmito azul de mar. Era tan bello aquel hijito que la mocita recién casada quedó asustada. ¡Azul de cielo, azul de mar! ¡Cuánta alegría, la Condesita! ¡Cuánta tristeza sólo al pensar que su marido se lo quitase y lo educase en su mal andar!

- ¡Eso es!... Llamaré a mi amigo, el viento, y el llevará a mi hijito lejos, al otro extremo del valle, donde el Conde no pueda verle ni pueda llegar a él. Cómo estamos en guerra contra los leñadores, pensará que un hachazo me ha truncado el hijo que esperábamos. Y no se

dará cuenta, no, seguro que no se dará cuenta.

Llamó al viento y éste se vió complacido en llevar al otro extremo del condado, el más fecundo y hermoso, el pequeño palmito azul. Derramó muchas lágrimas la Condesa. Y estuvo mucho tiempo apenada, sin que su esposo lograra consolarla. Al morir el Conde, se sintió más apenada aún. Y sólo vivía con el consuelo que le traían los numerosos pajarillos del valle, que cantaban en sus oídos la vida y andanzas de su hijo. Sólo eso le bastaba para continuar con vida.

Sin embargo, también el palmito azul se apenaba de consoladamente. El viento lo había dejado en una familia que parecía buena. El padre y la madre lo recibieron con agrado, pues muchas veces habían soñado con que el Cielo les enviase otro hijo. Pero la hija del matrimonio, Datilina, no se mostró muy conforme con el nuevo hermano, al que no dejaba de llamar huérfano y zangonero, envidiosa, sin duda, de que los padres le concediesen parte de los mismos que hasta ese momento sólo le pertenecían. Más recelosa y arisca la volvió el hermoso color del huérfanito, puesto que las palmas vecinas no hacían sino felicitar a los padres por haber acogido a la más hermosa de las palmeras. Y mientras estos padres se enorgullecían de tales felicitaciones, Datilina se encargaba, por otro lado, de destruirlas, corriendo la voz entre sus amiguitos de la extraña procedencia del huérfano. ¡Y cómo lloraba el huérfanito al verse despreciado en todos los corros! No lo dejaban cantar, enlazar las ramas con otras palmeritas, bostezar, libremente en las mañanas... Cada uno de sus gestos constituían una mofa. Los nuevos padres, sin embargo, procuraban consolarle y animarle.

Pasaron unos años. Datilina se convirtió en esbelta moza y el Huérfanito en hermosa y elegante palmera azul. Tan esbelta, erecta y bien anudada, tan suavemente verdolinas sus hojas, tan dorados sus dátiles, tan rubias y gredosas sus barbas, que las autoridades de muchos pueblos se peleaban por llevárselo a sus respectivos parques. Primero lo impidieron los padres adoptivos, protegiéndolo con sus troncos. Cuando éstos fueron talados, ya viejecitos, entonces ha sido nuestro amigo el zapatero quien, a costa de su propia vida, como hemos dicho, ha impedido que se lleven la más bella palmera del valle, cuyo secreto origen sólo él conoce, ya que formó parte de los leñadores que atacaron al Conde, y vió volar entonces el palmito azul hasta el otro extremo del valle.

Mientras, Datilina se había vuelto coqueta e irresponsable. Era hermosa, no había duda. Pero no cesaba de dilapidar savia y vitaminas por aparentar más bella y atraer de ese modo a los amigos que la cortejaban, y que continuamente le abrazaban con sus largas ramas. Era fino su talle y elegante, levantaba el busto al desperezarse, los pajarillos la silbaban, las palomas la piropeaban, las amigas de ruborizarse habían perdido su color de palmas. Odiaba al Huérfano Azul y lo amargaba continuamente. No dejaba que hablase con nadie. Ni siquiera permitía que los pájaros anidasen en él. ¡Qué voz más melodio-

sa tenía el Huérfanito! Envidioso de esa voz, le impedía que cantase.

!Qué continuos dolor y soledad padecía el huérfanito! Sólo tenía un consuelo: Una vieja palmera en el otro extremo del valle, que, cada vez más encorbada, no dejaba de tender sus ramas hacía él, cómo llamándole. Y cuando Datilina se divertía con sus amigos, él procuraba cantarle, tan dulcemente, que la vieja palmera parecía llorar y dormirse. Datilina, de tanto enajenarse, había perdido su carácter. En cambio, el huérfanito se había formado un carácter serio y compasivo, bondadoso, equánime. En vez de odiarla, procuraba ayudarla siempre que podía, aunque luego no recibiese sino desprecios. Su mayor fortaleza la protegía cuando el fuerte viento la hacía tambalear, al punto que parecía partirse por la débil cintura. La protegía contra la lluvia y los temporales con sus grandes brazos de esmeraldas, puesto que la sobresalía en altura. Confundía sus dorados dátiles con los de su hermana para que ésta fuese más admirada. Era, la palmera azul, odiada por los jóvenes merced a Datilina, la más amada por todas las viejas palmeras del valle, que sólo veían en el Huérfano las más cualificadas virtudes.

Una noche de luna, la vieja Condesa, ya tan encorbada que presumía el fin de sus raíces, pidió de nuevo al viento y a los pajarillos que adormeciesen al Huérfanito y a Datilina. Y con voz exhausta pero severa despertó a todas las palmeras jóvenes y viejas de su Condado, repartiéndoles su voluntad.

- Estoy vieja y cansada. Y cualquier mañana el hacha me ha de talar. Oid por lo tanto mi egregia voluntad. Es un gran secreto que conoceréis. Y espero que estéis conformes con él. Pues si lo he callado, si no os lo he dicho, es porque he querido a mi hijo educar distinto a su padre, en las sabias leyes de Dios y los reyes, amor y humildad.

Las palmeras quedaron atónitas al oír que el Huérfano Azul era el nuevo Conde de Haría, como hijo legítimo de los Condes del mismo valle, corroborando este testimonio el viento y los pájaros. Y no os podeis imaginar la gran fiesta de esa mañana. Las palmeras se habían lavado en el rocío y vestido sus mejores galas. Todos los pajarillos piaban y cantaban en los nidos. Las flores habían abierto sus capullos muy tempranamente, vueltas al nuevo Conde. Las palomas revoloteaban sobre él alegremente. Y todas las palomas se inclinaron al primer bostezo y sacudida del Huérfano Azul. !Cómo cantaba el mismo viento entre sus ramas! !Qué alegría la de las nubes! !Qué baile alegre el del zapatero pidiendo a todos fuesen al valle! !Qué canto alzaban las grises olas! !Cómo las caracolas! !Qué hermoso el valle!

Toda la naturaleza festejaba a la más hermosa de las palmeras. Los enemigos del Huérfanito, inclinados, le pedían perdón. Todas le hablaban y la abrazaban. Con Datilina nadie jugaba, y abandonada empezó a llorar. Pero su Conde, siempre su hermano, siempre sencillo, siempre sensato, alzó sus ramas, secó sus ojos, besó sus dátiles; la atrajo el tallo y la consoló.

- No seas coqueta ni encierres odio, quita la envidia y vive en amor,

puesto que todos en éste valle somos semillas del mismo Dios. Si así te portas, si así obedeces, estos amigos tuyos serán, y podrás dormirte en mi mismo tallo, gozar mi honra y felicidad.

- ¿Veis? - dice el zapatero a los que intentan mofarse de él, mostrándoles una libreta. - En ésta libreta tengo anotados los hechos de éste famoso Conde. Y puedo aseguraros que es valiente y justo, prudente y misericordioso. Si no, id al extremo del valle y miradlo, tontáinas. ¿Cuando habeis visto, después de que está allí la palmera azul, que se haya talado una sólo palmera? Nadie puede, no, nadie puede intentarlo. Porque el viento y todas las aves defienden el Condado. Y el valle prolifera en palmitos azules - continua cantando y bailando.- Las aves se recrean en las ramas tan verdes. El mar los duerme y mece al ritmo de sus olas. Y surgen tan hermosas las esbeltas palmeras, que incluso las estrellas vienen allí a dormir...

Pero ¿quién cree al pobre zapatero, al incáuto y sencillo don Moisés? Entre más grita, canta, baila y salta, más se ríen. Sin embargo, no se apena por ello. Porque acude al valle y contempla a su buen amigo, el Huérfano Azul. Y continúa anotando, entonces, en su vieja libreta, los nuevos hechos de tan hermoso Condado.

LAS GAFAS DE AMBAR

Esta es la historia, amigos, de una espigada mocita de vuestra misma edad, que había vivido mucho tiempo en la mayor de las penas: la creencia de no ser útil en nada. Su madre, viuda, trabajaba de sol a sol en el campo para sacar adelante a sus cinco hijos, de los cuales Anita, única hembra, era la mayor. Pero tan corta de vista, tan cieguécilla, que apenas distinguía en tres metros a dos montados en un burro, como vulgarmente se comentaba en el pueblo.

Su madre, la buena Josefa, se había sacrificado comprándole un par de gafas a costa de grandes sacrificios y ahorros, gafas que Anita, inexpresiblemente, destruía al poco tiempo. No por traviesa, y menos por desconsiderada. Sino que era tanta su alegría por ser útil en algo, que comprendía todos los quehaceres de la casa, con la desgracia de que los hermanillos más pitusos, no a vezados a verla con gafas, se las arrebataban y rompían dentro de los límites más o menos legales que les permitía su corta razón. Por eso su pena, la pena de ésta hacendosa y buena mocita alcanzaba su máxima madurez infantil.

Y no era solamente el hecho de que su madre no podía comprarle más gafas, cosa que nunca le exigía, ni de no poder serle útil en la casa, sino también su aspecto sentimental. Porque de no ver o distinguir casi nada, a verlo todo con normalidad existe una gran distancia. Distancia bien conocida por ella, ya que, en sus condiciones visuales nada realizaría sin merma propia o de esos mismos hechos. Ni siquiera podía dar algún paso por las calles del pueblo sin ir de la mano de alguno de sus hermanos. ¡Cómo se retiraba Anita a llorar y a pensar inútilmente!

Más nada comprenderíamos de ésta historia si no os expusiese algunos detalles más concretos de nuestra mozueta. Era bonita en extremo. Una esbelta mocita rubia de bella figura, con grandes ojos verdes, tan bonitos que quizás por eso mismo el sol, envidioso, les negase la suficiente luz para justipreciar las maravillas naturales creadas por Dios, a quien contemplaba interiormente en toda su infinita pureza, y a quien ofrecía su pena, consolándose de ese modo. Podemos decir que su única ocupación efectiva era la de ofrecer a Dios y a la Virgen todas las congojas, para que a su pobre familia no les faltase el alimento.

Y como siempre ocurre en la perfecta obra de Dios, él cuál, si niega un don acentúa otro, Anita poseía una exquisita sensibilidad para todo. Tocaba el timble y la guitarra, y cantaba tan melodiosamente, que su familia, después de rezar el rosario cada atardecer en el patio de tierra de la casa, se recreaba dulcemente, acudiendo también los

vecinos para saborear la exquisita virtud que Dios había depositado en aquella niña. Y alguno que otro, antes de retirarse, dejaba en los bolsillos de sus faldones una limosna, que ella procuraba hacer pasar desapercibida en los gastos de la casa, a fin de que la madre, como toda madre orgullosa de sacar a los hijos por sí misma, no se sintiese ofendida en su amor propio.

Día tras día, las Isas, Follías, encanto tomaban mientras la mo- cita notas deshojaba de su fantasía. ¡Cómo la escuchaban! Y cómo se oían sobre el mar y la lava, que se embellecían más en su pobreza. Y con qué destreza los reverdecía. Todo el pobre campo olía a romero. Y la pena y llanto de todo aquel pueblo morían por la tarde, cuando el limpio cante de la niña ciega todo el pueblo anega en dulzura amante.

Pero escuchad lo que ocurrió al cabo de algún tiempo. Anita, cómo todas las niñas ya espigadas, empezó su adolescencia. Y su cuerpo fué adquiriendo lentamente figura de mujer. Esto, sin duda, servía de elogio a la madre, pues las vecinas le decían que ya tenía una mu- jer en la casa, y que pronto tendría que comprarle otras bonitas gafas para fijarse en los mozos del pueblo. Mientras tanto, Anita no podía sino rezar cada vez más. Porque, con el desarrollo, su voz se había destemplado, y nadie la oía cantar. Sólo se percibía en las grises tardes las dulces notas de su ronco timple, que se detenía cuando las campanas de la iglesia anunciaban el Angelus. Después de rezar en familia las Aves Marías, le quedaba el consuelo de que los hermani- llos le narrasen los cuentos de enanos y hadas que el maestro les ha- bía recitado en la escuela. Ella los veía en su mundo interior, tan a- gigantado y hermoso, tan verídicos, que los interpretaba como hermo- sísimas creaciones divinas que Dios le enviaba para consolarla por boca de sus hermanos. Por eso amaba cada vez más a Dios. Y no le extrañó, en absoluto, el que una mañana despertase con unas gafas maravillosas.

Unas gafas grandes, muy grandes y muy redondas, de color de ámbar y de cristales rosados. Sin embargo, con ser tan grandes, no le pesaban nada. Fué a tocarlas y no pudo, su pasta era insensible. Y los cristales, los cristales no aparecían, aunque producían una luz misteriosa. Se miró cautelosa en el espejo de su madre y no vió gafa alguna. Pero ella las notaba delante de sí, perfectamente apoyadas en la nariz y en los oídos. Podía incluso distinguir los aros y el comien- zo de los mangos empinado los ojos. ¿Qué gafas eran aquellas que le permitían adivinar todas las cosas naturales, y aquellas otras de los sueños, sin ser apreciadas o visibles para los demás? Cómo primera medida, se puso de rodillas y dió profusas gracias a sus íntimos ami- gos y señores. Dios y la Virgen. Y les prometió formalmente que sólo las usaría para ayudar a los demás a verlos, con la misma generosi- dad y maravilla con que ella los veía desde su mundo interior. Qué fel- iz se sintió ahora, al pensar que podía ser útil.

Más no fué, amigos, una utilidad material. como esas otras de servir en la casa o trabajar en cualquier otra ocupación. No, para eso



era tan ciegucecilla como antes. Ahora, sentada en cualquier sitio a donde la llevasen, no sólo pulsaba a maravilla su timble, o entonaba en la guitarra las más melodiosas notas isleñas, sino que podía hablar con Dios y la Virgen, de las maravillas del cielo y de todo lo creado, de los enanos, los gigantes y las hadas, los príncipes y leyendas misteriosas, con tanta certidumbre y realidad, cómo que los veía perfectamente a través de sus invisibles cristales de color rosa. Todo era maravilloso entonces. Tan maravilloso que el que se le acercase no se retiraba fácilmente a sus ocupaciones. Porque aquella locura de la mocita tenía más de divina que de humana. A tal punto, que veía a Dios en el mar. Y yendo a su encuentro pereció dulcemente entre las olas, llamándole y abrazándole con todo su corazón.

Así la encontraron: sonriente, abrazada a las olas, con sus ojos inundados por la luz de los infinito. "Su pena - dijo el médico, y la desesperación por no ser útil a los suyos la enloquecieron". Sin embargo, la buena Josefa, su madre, y el pueblo que bien la habían conocido, jamás prestaron atención al dictamen médico. ¿Cómo les iba a hacer caso, si todos habían disfrutado aquellos cantos, rezos y maravillosas ilusiones, que les había hecho olvidar durante algunos años la pobreza en que vivían y la dureza de los trabajos campesinos? ¿Quién podía negar que realmente aquella mocita había muerto abrazada a Dios nuestro Señor, y que fué él, y no ninguna locura, quien la llevó consigo para serle realmente útil por toda la eternidad, entonándole aquellos cantos y leyendas que ellos mismos habían tenido la inmensa dicha de escuchar?

Yo creo firmemente, queridos pitusos, que Anita está en el cielo. Y que su única locura fué la de amar sin reservas a Dios y al prójimo, y serles útil hasta la muerte. Y que aquella llamada del mar partió del mismo Dios, que quiso galardonarla de ese modo divino. Porque su cuerpo no tenía la menor huella de asfixia, de hinchazón o de esfuerzo. Sino de una felicidad infinita e infinitos sonrisas y abrazo. ¿No está Dios en el mar, en las flores, en nosotros mismos, en cualquier parte?

Mirad la ventaja de ser buenos de verdad. En el pueblo sólo se oye "Anita quería ésto, Anita no quería lo otro". Desde ese momento todos forman una sólo familia y trabajan y viven con más amor. Y cada año, para conmemorar el día de su muerte, los campesinos lucen unas grandes gafas redondas de color ámbar, con cristales rosados, cómo símbolo del amor y de la mútua utilidad. Su madre, Josefa, se siente realmente feliz y orgullosa de haber procreado tanto bienestar. Y mucho más cuando piensa que cada uno de vosotros puede procrearlo del mismo modo a vuestro lado y en los seres que os aman. Pedid, por lo tanto, a vuestros padres, que os enseñen a ganar justamente esas gafas maravillosas, con un cristal de amor y el otro de utilidad al prójimo, engastados en la montura de Dios. Y ya vereis: Todo será entonces tan bonito, tan bonito, que dareis por bueno el tiempo en conseguirlas.

ESTIRA-ENCOGE

Estira-Encoge fué una sardina de mi pueblo. Bueno un pueblecito pequeño, con un pequeño puerto viejo, donde duerme algún que otro quechemarín, y una amplia bahía embellecida por numerosos arrecifes, entre los que se balancean algunas barcas, como si fuesen zuecos abandonados por Neptuno, rey del mar. En uno de los arrecifes, a la izquierda, hay un viejo castillo remozado y un puente viejo y gris de tres arcos que une el castillo con el pueblo, ubicado en el mayor de los arrecifes. Las gaviotas se cobijan en el pequeño arrecife rubio, a la derecha, que forma la Isla del Amor. Y todo parece muy bonito, porque siempre está lleno de sol, y el mar azulino y grisiento resplandece en estrellas de plata.

Aquí es donde vivía Ana María: Una pitusilla con brillo de plata, delgaducha y fea, pero con unos ojillos salpicones y vivarachos que no cesaban de mirar. Sus amigos decían que ésta sardinita jamás había cerrado los ojos, ni siquiera en sueños. Pero era muy lista. Tan extraordinariamente lista que siempre pensaba y pensaba. Más ¿en qué pensaba nuestra sardinita delgaducha y fea? ¿Qué la despreciaban? ¿Qué se reían de ella? ¿Que no la llamaban a grandes empresas? No, claro que no. Si alguna virtud tenía bien arraigada Ana María era la de humildad. Era humilde y caritativa, muy cariñosa. Por eso pensaba. Por eso lloraba. Por eso sufría. Porque veía a sus pobres hermanos y hermanos, también pitusillos, tragados por peces mayores, cogidos en redes o anzuelos, y no podía ayudarles ni darles consuelo al pedir auxilio.

Y pensaba... pensaba... ¿Por qué eran mayores otros muchos peces? ¿Por qué eran más fuertes? A veces, cuando toda su numerosa tribu de amigas salía en manada surcando las olas en busca de pláncton, ella se quedaba junto al viejo muelle pensando, pensando... Hasta que una tarde el viejo Cabezón, un gran pulpo muy viejo, de muy gruesos rejos, pero que en consejos era lo mejor, se acercó a la pequeña sardina, y sin asustarla tosió y preguntó:

- ¿Qué te ocurre, sardina? El pensar tanto no es de tu especie. Y no está bien el que quedes sólo en unas aguas donde abundan los peces muchos mayores que tú.

- Verás, tío Cabezón- así lo llamaban los peces, no encuentro el modo de poder defendernos contra los peces grandes y gordos. A todos les gusta nuestra sabrosa carne. Incluso he visto flotando en las olas algunas latas en las que aparecemos pintadas. Esto me resulta demasiado triste. Y yo pienso si para nosotros no habrá algún medio de aumentar de peso y de tamaño.

- ¡Ju!... -gruñó el viejo pulpo.- ¡Con que no estás satisfecha con lo

que Dios te ha dado! Ya lo decía un gran filósofo a mi amigo mío: "Nemo contentus est sua sorte". !Bah, pero tú no has estudiado filosofía, y aunque la estudiases, tampoco tendrías capacidad para comprenderla! ¿Cómo la vas a comprender, si después de varios días de pensar no has sacado nada en claro? !Ah, pero para eso está aquí el viejo pulpo idiota! Y voy a pensar yo, a ver lo que sale de mi cabeza.

Se dió varios coscorrónes pero salió abundante tinta, de la que se libró a costa de grandes manotazos despectivos. Entonces recordó el viejo tratado sobre los peces que le había dejado su abuela, y sacándolo de su pequeña cueva, entre las piedras del muelle, se colocó unas gruesas gafas que sacó del sobaco y buscó con cada reja en las letras hasta sonreír satisfecho.

- !Aquí está!... "Sar... sardina". Pero por mucho que leo y que leo no encuentro ningún gigante entre vuestros antepasados. Sin embargo, sin embargo- añadió pensativo, buscando otras letras, -veamos como el cazón se convirtió en marrajo y éste en tiburón... !Ajá!... "Para convertir a un cazón en marrajo, y a éste en tiburón, se les someterá al tratamiento gimnástico y alimenticio que reseñamos a continuación. Los tres primeros días, diez minutos de cola hacia la cabeza y de cabeza hacia la cola. Durante éste tiempo sólo se comerá"... !Aquí está!

Observó satisfecho a Ana María, esperando que le agradeciese el consejo. Pero Ana María no hacía más que frotar sus aletas y saltar de alegría. Allí estaba, sí, allí estaba su salvación. Todos los días realizaría aquel método gimnástico y se alimentaría como ordenaba el libro. Y sería grande, y sería dichosa, y protegería a sus amiguitas. Y tal vez... tal vez más hermosa. El viejo pulpo no quiso desanimarla. Cómo primera medida la llevó a su cueva, porque allí estaría bien protegida contra los grandes peces. El mismo le dirigiría los ejercicios, y le acarrearía el plácton y los gusanillos necesarios para alcanzar su propósito.

Y así fué cómo día tras día las burleteras bogas y juguetones linsotes trashumantes podían ver a Ana María moviendo su cola hasta la boca, jugando acompasadamente con su nuca, torciendo el tronco a ambos lados y, atada por la cola a las tanzas que colgaban de alguna barca y sujeto al cuello por uno de los rejos del tío Cabezón, se encogía y se estiraba, se estiraba mucho, mucho, hasta rechinarle el espinazo, y se encogía, de donde todos los pececillos dieron en llamarla "Estira-Encoge". Y en toda la bahía ni los cabezos, ni las morenas ni los cangrejos podían dormir durante la mañana con la ronca voz del pulpo: "¡Uno-dos. Uno dos, tres-cuatro. Uno-dos!"...

- !Jo, jo, jo, jo, jo!- carcajeó el mero perezoso, abriendo desmesuradamente la gran boca.- Veo que me preparas el aperitivo.

El tío Cabezón lo miró sereno. Y cerrando y encogiendo bien el más grueso de sus rejos le dió tal trompetazo en la jeta, que Perezoso quedó un rato semi inconsciente y lanzando bufidos.

- !Bueno, viejo pulpo!... Si te tomas las cosas de ese modo, quizás

espere a que seas un poco más viejo, para comeros a los dos de un sólo bocado. ¡Jo, jo, jo, jo!... ¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo!...

Se fué el mero entre carcajadas y bufidos, aunque muy disgustado, prosiguiendo nuestros amigos su método de gimnasia. Y no se cansaba el tío Cabezón, porque a pesar de las jornadas dolorosas a que sometía a la sardina, ésta demostraba gran voluntad y confianza, como si luchase por algo trascendental, o que necesariamente tenía que hacer. Y, sobre todo, porque buscaba el bien de las demás sardinas antes que el suyo. No progresaba mucho, es cierto. Sin embargo, al cabo de varios meses de continuo ejercicio tenía los músculos ágiles y elásticos, y había alcanzado una rapidez de nado inusitada en sus congéneres: Daba la vuelta a la bahía en sólo dos minutos.

Una mañana, aún dormida Ana María, el tío Cabezón se puso las gafas para leer el ejercicio de gimnasia correspondiente. Y, al despertarla, advirtió que las pequeñas escamas se le caían, y en su lugar iban creciendo otras mayores y tan anchas como las uñas. Y que el cuerpo, a partir de la cola, se iba adaptando a la densidad y tamaño de las nuevas escamas. Pero no dijo nada a la sardina, y la despertó, desperezándose ésta lentamente.

- Hoy me apetecería lo menos, lo menos diez lombrices, veinte hojitas de algas, dos cangrejos...

- ¿Qué?- protestó el pulpo, quitándose y guardando las gafas bajo el sobaco.- ¿Es que quieres arruinar mi despensa? Estoy demasiado viejo para andar por ahí como un chiquillo correteando tras los cangrejos o escarbando la arena. ¡Diez lombrices, a cualquiera se le ocurre! ¡Sardina ingrata! ¡Bueno, bueno...- se corrigió al verla preocupada.- Veré lo que pueda hacer! Ante todo, señorita, rece sus oraciones, y a la gimnasia. Aunque a decir verda- añadió frotándose los rejos,-ésta mañana amanece algo fresquilla, ¿eh?.

Y fué creciendo Ana María. Se llenó de nuevas escamas y ocupaba casi toda la cueva del tío Cabezón. Ya no podía dar vuelta dentro. Entraba de cabeza y salía de cola. Y daba coletazos al viejo pulpo amigo. Creía que la había engañado llevándola a otra cueva. Decía que había encogido el pulpo, por ser viejo. Este asumía el consejo y mimaba a la sardina. Se fueron a otra cueva, allí en el mismo muelle, más amplia y reluciente, de paredes más nuevas. Pero había un espejo, caído de una barca. Salió huyendo Ana María al ver un pez tan grande escondido en las piedras sobre un cristal brillante. La detuvo su amigo y le ordenó que entrase. ¿No se sentaba fuerte? ¿Por qué temer la muerte, sin haber comprobado la fuerza de sus dientes?

Ana María volvió a entrar. Y después de amenazar a retar al gran pez del espejo, quedó asombrada al comprobar que era una sardina que esa sardina repetía sus mismos movimientos y reto, que se movía al igual que ella, que era ella misma reflejada. Cogió el cristal con los dientes y lo mostró llena de alegría al tío Cabezón.

- He aumentado veinte veces lo que era! ¡He crecido veinte veces! ¡Y soy fuerte!...

- ¡Ya, eres fuerte y grande, más que yo!- le dijo el viejo pulpo, en-
tristecido, previendo que la sardina no tardaría en abandonarle. Y
aún puedes aumentar más, No tienes por qué temer, por lo tanto, a
los peces que antes te asustaban. Pero no olvides que también han
crecido tu cerebro y tu corazón. Usala para dirigir sabiamente a los
tuyos, a todos los pececillos, y para amarlos. Y no abuses de los pe-
queños como antes lo habían hecho contigo. Protégelos y ámalos. De-
fiéndelos sin temor. Tienes dientes afilados, y de un sólo coletazo me
partirías en dos. Sin embargo, amiga sardina, no emplees la violencia
antes de agotar todos los recursos razonables para convencer al e-
nemigo con buenas palabras. No olvides que la prudencia y la fuerza
de voluntad pueden mover montañas y evitar tempestades, como has
comprobado en tí misma ¿Recuerdas la canción que can-
taban nuestros abuelos los días de fiesta? - añadió para animarla,
pues también la sardina se había puesto triste pensando en la despe-
dida. - Cantémosla de nuevo juntos, porque es el más sabroso epílogo
que corone la alegría y la amistad que ahora nos embargan!

Y el viejo pulpo y la espigada, elegante y gruesa Ana María, a -
quel con su ronca y hueca voz, está atiplada, cantaron a la par, mien-
tras, el pulpo, abrazado con sus rejos a ella, recorrían triunfalmen-
te la bahía: "Somos los reyes - de ésta bahía, - pues disfrutamos -
buena comida. - Tenemos sol, - sana alegría, - y los peces gordos -ya
se nos chirrian. - Viva la vida, - viva el amor, - viva el buen vino y
viva yoooo!"

El tío Cabezón contaba después, solitario y entristecido, a sus
nietos y amigos, que Ana María, más conocida por Estira - Encoge,
educó a los suyos, logrando seleccionar a las mejores sardinas pa-
ra que, grandes y gruesas, dirigieran y protegieran a las demás. Y
no sólo a las sardinas, sino que logró convertir a las panchonas en
grandes salemas, a los linsotes en lebranchos, a los salmonetes en
salmones, y así a muchos peces más con su mismo métoco gimnástico
y alimenticio. Con el fin de que, al cabo de varias generaciones, to-
dos esos pececillos pudieran defenderse por sus propios medios con
gran corazón y honrada prudencia.

LIBRO TERCERO

Sonetos enteros

Vivir que se me viene todo entero...

Estoy aquí, Señor, como la hiedra
buscando tu pared donde treparme,
y así tranquilamente deshojarme
tiempo tras tiempo, espera tras espera.

Estoy aquí, Señor, como la espiga
buscando tu humedad donde vivirme,
y así tranquilamente convertirme
en pequeño maná de tus heridas.

Estoy aquí, Señor, para olvidarte,
seguir tranquilamente mi sendero,
volver a tí para otra vez pecarte.

Y si no sé trepar por tu madero,
ni como espiga logro consolarte,
estoy aquí, Señor, porque te quiero.

De destierro en destierro, de hora en hora,
de Isla en Isla, de áula en áula al tiento,
la sangre se me queda siempre sola
en el mismo rincón del pensamiento.

Porque de esta sonrisa una semana
y dos quizás de algun mirar moreno,
una ilusión me alumbra la mañana
y el despertar me duele con el sueño.

Así paso las noches y los días
sin saber donde quedo enraizado
de la paz a la espera tras espera,

hinchándose en mis manos cuantas venas
quedaron enredadas entre cardos
en las áulas, destierros y en las Islas.

Recuerdo tras recuerdo fué mi esencia
y es recuerdo también todo el pasado,
olvido que en angustia se me queda
latiéndome en los ojos y en los labios.

Desprecio y duda, amor y más desprecio,
creer mañana distinto lo palpado,
vivir que se me viene todo entero
al vacío que las venas me han dejado.

Por eso siempre solo entre la gente
espero con las horas mi destino;
por eso cada vez que me despierto

duda, desprecio, amor, fé y desatino
son el espejo en donde mi presente
siempre quiere saber si vivo o muero.

!Cuánta familia ya, Pepe, mi hermano,
Juan el cojillo, Angela, Delfina,
Manuel, Tomás, Pedro Félix, Ignacio,
Antonio, si es que tantos se me olvidan!

!Cuántos hermanos quedan en la ausencia
y sobrinos ya muchos, ¿verdad, Claudio?;
cómo, María José, mi Nachi, callo
recordando la Isla que os consuela!

!Cómo quedan mis padres viejecitos,
mi padre entero, madre entera y cansada,
en el bello rincón de un pueblecito!

!Cómo todo se queda en mi garganta
cansada de llorar sueños perdidos
y de añorar aquella paz sin lágrimas!

Yo sé por qué me miras tan constante
y por qué me detiene tu mirada
aunque lejos estás, mar adelante,
detrás del mismo viento y de las aguas.

Yo sé por qué tus labios me suplican
que no deje un momento de mirarte
aunque lejos estás, en una Isla,
detrás de los barrancos y los cráteres.

Yo sé por qué tús ojos no se cierran
un instante a la luz, y en el sosiego
descansan olvidados de la espera.

Yo sé por qué me llamas con el viento,
yo sé por qué me miras con la tierra,
yo sé por qué me esperas en silencio.

Estos ojos que a oscuras me recrean
de espaldas a tu cruz y a tus amores
abren más tus heridas, aunque vean
sangre en un Dios y a Dios entre dolores.

Divina es tu locura porque añora
caprichos del amado o de la amada
que en uno sueña, o en besos ríe o llora
sin espera de amor ni esperar nada.

Amarme noche y día sin ser amado,
morir así rasgándote en querer
sin dejar de apartarte de mi lado....

¿qué voy a hacer contigo, pues me quieres
cada instante que vivo en el pecado,
mimándome en desvelos mientras mueres?

A ver si en el presagio me revivo
pues ya vinieron flores y vencejos;
a ver si lo que sufro y desespero
mueren con éste aroma y estos nidos.

A ver si entre las barcas y las olas
se mecen otra vez mis viejos sueños,
y con aquel de entonces fiel empeño
a ver si me revientan nuevas hojas.

A ver si con las noches y los brazos
unidos nuevamente a la cintura
los labios se recobran beso a beso.

A ver si en el presagio permanezco,
a ver si me germino en sembradura,
a ver si reverdecen estas manos.

No me preguntes por qué en tanto ruido
voy rezumando paz y este sosiego,
ni por qué en la alegría donde vivo
dejo tristeza, padre, entre los versos.

No me preguntes más por qué sonrío
tan a menudo cuando estoy hablando,
ni por qué en el silencio quedo umbrío
de esta mi soledad donde te hablo.

No me preguntes por qué en un momento
quedo triste o alegre, y cómo estoy,
ni por qué vivo o muero, sueño o pienso.

Respóndeme primero lo que soy
dónde está la verdad y dónde el misterio,
dónde está el buen camino adonde voy.

Dáme la fé, Señor, dáme tu fuerza;
mi amor es de gigante y alma de niño
a la que sobran mimos y cariño
pero faltan valor y más firmeza.

Siempre tu mano está sobre la mía;
y si late tu amor o desconsuelo
ardo y lloro contigo, pero suelo
latir igual mi pena y alegría.

Hazme querer la voz con que me amas,
purificar mi pena y sueños vanos,
diferenciar tu luz, sonrisa y lágrimas.

Que sin dejar, Señor, a los humanos,
sienta crujir penosamente en llamas
mis manos alegrándose en tus manos.

Aprende, a amar, amigo, poco a poco
la muerte que a tu cuerpo nació unida.
Ama la muerte, y no me creas tan loco.
Ama la muerte para amar la vida.

Si eres soldado y vas a una batalla
matas por no morir, y frente a frente
sólo por no morir serás valiente
sin atender a gloria ni a medalla.

¿Tiene acaso este mundo otro sentido
que el de luchar sin tregua contra el fuerte
venciendo más quien teme ser vencido?

No esperes otra cosa de tu suerte;
Teme morir, para que seas temido;
ama el morir, para vencer la muerte.

Dios, que estás en los campos y en las mentes
como semilla de misericordia,
coloreando el sol y las simientes
de luz, y el alma de concordia.

Dios, que derramas tus brazos infinitos
sobre todas las cosas de la tierra
amándolas en tí, y creando ritos
que te adoren con cuanto en tí se encierra.

Dios de amor soberano y luz tranquila
que nos amas a todos, y nos dejas
pecar cuanto queramos por amarte,

deja al hombre tu amor, para clavarte,
al campo, para amarte, tu semilla,
y al corazón, mi Dios, algunas quejas.

Para patria no sirven mis caminos
pues nunca han descansado de este viaje,
ni mis buenas acciones, ni mis trajes
darán calor o ejemplo al peregrino.

Ni a los perros siquiera irán mis huesos
cansados y en sufrir endurecidos,
ni mi carne sedienta y mis sentidos
abonarán la tierra por deshechos.

Seré tan sólo letras mal escritas,
un jugar que te pulse entre los versos,
una lágrima amiga que te ame

o una ola en el mar, una sonrisa
que en cualquier copla isleña o en cualquier tiempo
te haga volver a Dios sin recordarme.

Respirar tu inocencia y tu pecado.

A veces, pues te pienso fijamente,
no veo más que tu luz y, en cualquier parte,
aunque obcequen tus ojos claramente
miro otra vez para jamás dejarte.

Iris cuando te miro estando ausente,
aurora si en el sueño te imagino,
te presentas a mi fervientemente
en medio de esta paz en que camino.

Qué bello palpar el de pensarte
unicamente a tí y, pues lo has querido,
irte a arrullar para poder mirarte.

Entonces mi pensar entristecido
rompe el callar y te ama sin hablarte,
o habla en tu mismo amor lo que has sentido.

Espiga sonrosada de tristeza
que creces sobre lava ennegrecida,
campos de grietas y llanura abierta
al viento que se duerme en esta espiga;

Mujer azul, que naces entre el fuego
y esperas entre gerias la llamada
que sabe a sal y a corazón entero
de peces y palmeras y tabáibas;

Mujer de mar, que en olas y amarguras
piensas, quizás, la dicha de la muerte
al zoco del cardón de la llanura

y en la humildad del grano que te engendre,
siembra en el mar, mujer, esa ternura,
pues la tierra ya tiene tu simiente.

Sereno manantial o gran cascada
que saltas desde el monte a mi vereda
regando cuanto cesp ed se me queda
disperso entre tu amor y mi mirada.

Alma de luz y agua eterna y fecunda
que surcas mis arterias escondidas
sembr andome en la sangre la profunda
semilla de tu grano y de otras vidas.

Volcán de pensamientos y de ensueños,
cuna de la sonrisa y de emociones,
dulce paz de desvelos y de empeños,

Más que fuente de barro o de pasiones
eres la vida donde están mis sueños,
eres el sueño de mis ilusiones.

Ojos más claros que la luz del día
son tus ojos, mujer, grandes y limpios,
con el mismo mirar del equilibrio
que guarda al Universo en armonía.

Ojos grandes que nunca se han cerrado
en tus sueños ni en mi pensamiento,
y cuyo contemplar tan sosegado
parece que me absorbe en todo tiempo.

Ojos, mujer, mirándome tranquilos
sin un pestañear que los empañe
en la quietud del alma y del suspiro,

y ojos que se han mezclado con la sangre
que corre por mi tierra y que en lo íntimo
me tienen suplicándoles mirarme.

Siempre dijiste ven, que quedo humilde.
Siempre dijiste ven, que te he esperado.
Siempre dijiste ven, que por mi puerta
noche trás noche siempre te he soñado.

Siempre, mujer azul, siempre sonora
fué la voz que se onduló en la arena
de este puerto pesquero y olvidado
donde siempre la espuma vive apenas.

En esta empobrecida piel marina
donde el hombre despierta entre las algas
y el niño apenas crece ya se inclina,

Siempre llamaste a tu valor ser madre,
siempre a tus ojos los llamaste lágrimas,
siempre no te has cansado de esperarme.

Quisiera ser, mujer, enredadera
Cerca de tí trepar, y a cada instante
inclinarse de mis ramas la semilla
que germine en tu mano palpitante.

Quisiera ser tan blanco como el agua.
Borboteando crujiendo entre las piedras
y llegar hasta tu copa empobrecida
para abrirla al dolor y a la cosecha.

Quisiera ser, mujer, azul de mares.
Verlos llegar tan cerca, que al ocaso
queden bajo las sales mis raíces,

y yo poder así, paso tras paso,
trepar con mudos pies sobre la carne
donde todo este ser se perennice.

Mira hacia mí, que en este oscuro estado,
a libros y al silencio sometido,
sólo tus ojos son los que me han dado
lo que tengo de paz y de sentido.

No sabes cuánto pesa al solitario
consumar su trabajo cada día;
nada consuela y todo le es calvario;
estando solo muere la alegría.

La misma casa, el pan, cualquier ruido
le duele en lo interior, y sólo ansía
quedar más solo aún, más en olvido.

Pero ahora tus ojos son mi guía:
así la soledad es dulce nido,
así todo el silencio es melodía.

Blanca mujer de muerte. Porque es vida
creer que en cada gota de tu sangre
que perezca en el germen convertida
muere el amor al tiempo que renace.

Eres azul como las venas fértiles
de toda tu ondulante sementera;
eres amor, eres la fé, al verte
eres más que mi esencia toda entera.

Por eso fiel mujer de mi costado,
por eso en esta muerte que se vive,
por eso, en esta tarde que ha acabado

Eres el nuevo surco que redime
mañana la cuchilla del arado
que otra vida en la muerte ha de abrirme.

Verte y no verte en mí porque te siento,
sentirte en lo interior porque te vivo,
vivirte idea de mi pensamiento
y pensarte profundo y sensitivo;

Estar me cada hora entre tus sueños
y despertarme siempre ensimismado,
oír tu palpar en los ensueños
que dulcemente en mí te han reencarnado;

Querer cuanto de tí siempre presiento
y presentirme entero a tí entregado,
entregarte también mi propio aliento;

Respirar tu inocencia y tu pecado,
vivir y amar tu mismo sentimiento,
¡feliz la vida o muerte que me has dado!

Ahora que la siembra se me queda,
ahora que reluce el viejo arado,
ahora que el presente se remeda
al borde del anónimo pasado;

Ahora que los sueños del futuro
recobran su caudal de pies enteros
y el labrador me planta más seguro
en los surcos que abrieron mis senderos;

Ahora que la vista se me apura
dentro del pecho y en las manos nuevas
nacen las uñas del trepar sin miedo,

Eres ahora en esta sembradura
el agua que fecunda y que me llevas
a la nueva simiente en que me quedo.

Hermosa sinvergüenza, a quien presiento
en cada movimiento de mis párpados,
y a quien en mi pensar de pecho adentro
tengo dormida cuando me descanso.

Hermoso palpitar de mis creencias
que en toda claridad amor te haces,
en carne y alma unida tu presencia
a mis sueños de hombre en alma y carne.

Mujer iluminada de esperanza
que de la tierra estéril siembra has hecho
brotar llena de paz a la alegría,

Eres la más hermosa melodía
que a la barca y al mar, al mismo viento
haya cantado un alma enamorada.

Misterioso es mi Dios, pues ha creado
mi corazón de hombre que le niega
cualquier amor, amando lo entregado
sin acordarse apenas de la entrega.

Misteriosa me es su Providencia
al llevarme consigo a cualquier parte
mano con mano, sin que yo me aparte
del mal a que someto mi conciencia.

Solamente yo creo maravilloso
reclinar para siempre mi costado
en el amor tan puro y luminoso

Con que vistió a mi amada, y consolado
veo que aquel su silencio misterioso
no es más que luz divina en mi pecado.

Como labios sedientos...

Arrorró a mi Señor, que te has venido
a mi cuna de males y pasados
esperando mi canto, y en olvido
de otros cantos de insomnios y pecados.

Arrorró a mi Señor, tan pequeñito
a mi lado mirándome y sonriendo,
que mi timple te arrulla suavemente
y te impide llorar y amar gimiendo.

Arrorró a mi Señor, pituso amado,
hambriento y tierno en bicos de consuelo
bebé de eternos ojos humanado,

duerme y deja que calme el gran anhelo
de cantarte y bailar, niño adorado,
el amor que he olvidado dar al cielo.

Canario eres, de azada y de barquilla.
Naces al sol, y al sol quemas tu aliento.
En cardos y tabáibas, mar y viento
has podido sacar a tu familia.

Canario eres, humilde en la sequía.
Ahorras para comer, entre los meses
de pesca y de labranza. Y agradeces
el gozo y el dolor que Dios te envía.

!Y no llores, mujer, que lo has seguido
por la misma pobreza, paso a paso,
soportándolo todo con cariño:

Aunque esta vida poco os haya dado,
y entre surcos y mar estén los hijos,
sabed que ya es orgullo ser canario!

Todo queda contigo. Volcánica Folfa
al pié de los cardones y en la tierra labrada,
en las cercas de Yaiza y en las palmas de Haría,
junto a la luz morena que irradia tu mirada.

Mi alma ya se queda entre los mudos dedos
que sellaron tus labios y duermen tus pupilas,
y tus manos que en gerías ahuecaron viñedos
me abrazan a la sombra de las noches tranquilas.

Eres, mujer, la paz que inmensamente ansiada
ha venido a cantar me con el timple las penas,
Isas y Sorondongos de tu tierra quemada;

La voz que en el silencio me arrulla sin apenas
distraer mis sentidos del mar y las arenas
de esta otra mi Isla que te siente callada.

Atlántico bullir de blanca espuma
amarada a mi Costa acantilada
en un hueco de amor que se rezuma
al zoco del Alisio y marejada.

Pueblecito labriego, blanco y frondoso
de mi Isla natal, que me reclama
parte del corazón sin dar reposo
al sueño que lo vive y que lo llama.

Atlántico gigante y sin fronteras
limando sin piedad todo el consuelo
de contemplar sus riscos y laderas,

no me alejes la casa y ese suelo
rodeado de espuma y plataneras
donde siempre se ve más puro el cielo.

Cerrada tu ventana, porque sientes
crujir el mar y amedrentar el viento,
y ves cómo las barcas y simientes
ondulan con dolor tu pensamiento.

Cerrada tu ventana, porque el cielo
llueve torrencialmente en los cristales,
y las calles se tornan manantiales
de lodo, soledad y desconsuelo.

Melancólico timple que se apura
pulsado por un hombro macilento
en las tardes de lluvia y amargura.

Viejecita de frágil sentimiento,
tu ventana cerrada es de ternura,
recuerdo, soledad, muerte y aliento.

Mis Islas me son un ebrio lagar,
volcánes y sol, luminoso gris
con besos de sal, marino bogar
y un nido de amor para ser feliz.

Mis Islas me son, Canarias me son
un ebrio lagar, un ebrio lagar,
alma y corazón, alma y corazón,
Canarias de Dios volcánico altar.

Sequía en el campo y noches en la mar,
amar en el llanto y cantos al morir
vivir esperando, esperar, vivir....

Mis Islas me son un ebrio lagar
con besos de sol, marino bogar
y un nido de amor para no sufrir.

Pañuelo blanco llevan las solteras
y mantillas oscuras las casadas,
miradas penetrantes y severas,
recio pudor de pasos y de sayas.

Con el sol ya han arado media hanega
detrás de los camellos, y al ocaso
atienden a los niños; luego rezan
pausadamente y serias el rosario.

Cuando el esposo llega de la pesca
o cuando el padre amara la barquilla,
cuando el silbido varonil se oye,

todo mi ser revive en Lanzarote
con estas labradoras que a la orilla
vienen a arar tambien otra cosecha.

Siete soles de amor, siete sonrisas,
algunas rocas más diseminadas,
todo un Océano aquí, todas las brisas
en olas y en arenas ondeadas;

Siete escudos en águila y blasones,
muchas vidas al sol ensangrentadas,
blanca espuma, volcanes y cardones,
barrancos y cenizas calcinadas;

Valle y geria, bastantes malpaíses,
nervosos cráteres, costas y laderas,
el cielo azul sobre las nubes grises;

Canarias mia, Islas en una enteras,
donde las almas echan sus raíces
más profundas que el mar y las palmeras.

Vuelto hacia el mar, pensando y complacido
porque tú estás detrás y yo te veo;
vuelto hacia el sol con fé y sin deslumbrarme
porque tú estás en él y así te creo;

Vuelto hacia el cielo azul y noche clara
porque tú me convidas a encontrarte;
con el rostro hacia tí, porque en la ausencia
siempre me llamas tú para mirarte;

Enteramente en tí porque te veo
y de ese modo vivo al contemplarte;
enteramente en tí siempre me creo,

porque no hay más consuelo, al esperarte,
que contemplar el mar o ver el cielo
sintiéndote latir en todas partes.

Costa de Bañaderos, entre la sobria Isleta
y laboriosa Gáldar, viejos brazos de cobre,
bajo el jardín de Arucas y tras la gris silueta
de gigantescos riscos de recuerdo salobre.

Costa de Bañaderos, como labios sedientos
de espumas y de arenas, de los acantilados,
crespando de susurros las olas y los vientos
que mecen el Atlántico y ondulan los sembrados.

*
Hoyo de blancas casas entre las plataneras,
que parecen estrellas descendidas al suelo
para oír en el timple las nostalgias costeras.

Natal cuña marina de perenne consuelo
que olvidando mis pasos por extrañas laderas
me volverá a dormir cuando lo quiera el cielo.

No quiero para tí una promesa
que no diga mi mano, ni un salario
que no te dignifique, ni otra entrega
que descansar conmigo en tu descanso.

Déjame que te mire cara a cara
y a Dios sobre tus ojos, y a las sombras
como amigas amantes, que mañana
vengan a nuestro hogar sin que me esconda.

Déjame amar contigo lo que amo:
este trozo de mar o de montaña
que me arrullan la voz cuando te llamo.

No vuelväs a dejarme con el alma,
pues donde quiera que estoy solo me hallo
y en esta soledad no se descansa.

Esta tierra que yace aquí tendida
este trozo de barro en mi ladera,
esta montaña en luz que miro siempre
ardiendo entre su propia sementera;

Este montón de lava en mis espaldas,
la sal y el sol quemándome la lengua,
el susurrar del viento en mis oídos
y el ruido de los remos a mi puerta;

Esta pobreza en fin ilimitada
que en toda su humildad se me humaniza
y en su dolor silencio me regala,

Dejo al borde, mujer, de tu sonrisa
para que bese azul como la lava
y ame con la blancura de la brisa.

Qué triste despertar, cuando no encuentro
en los labios el sírveme y el tráeme,
dónde están mis cigarros, ¿se fué padre?,
ya está tibio el café, dame dinero.

Qué triste abrir los ojos y no oírte
reñir sobre los libros o los trajes,
llorar con Tâta o sonreír con Fane,
llevarle a algún hermano calcetines.

Qué triste ver el cielo y no mirarte,
pisar la tierra y no poder sentirte,
cruzar el mar y no poder llamarte.

Qué triste es el destierro que me diste,
Isla natal, pues ni siquiera madre
me das para que pueda bendecirte.

Mar y mar con las olas y las olas
despeinando redondas sembraduras,
cobjando gaviotas y gaviotas
entre espumas, espumas y entre espumas.

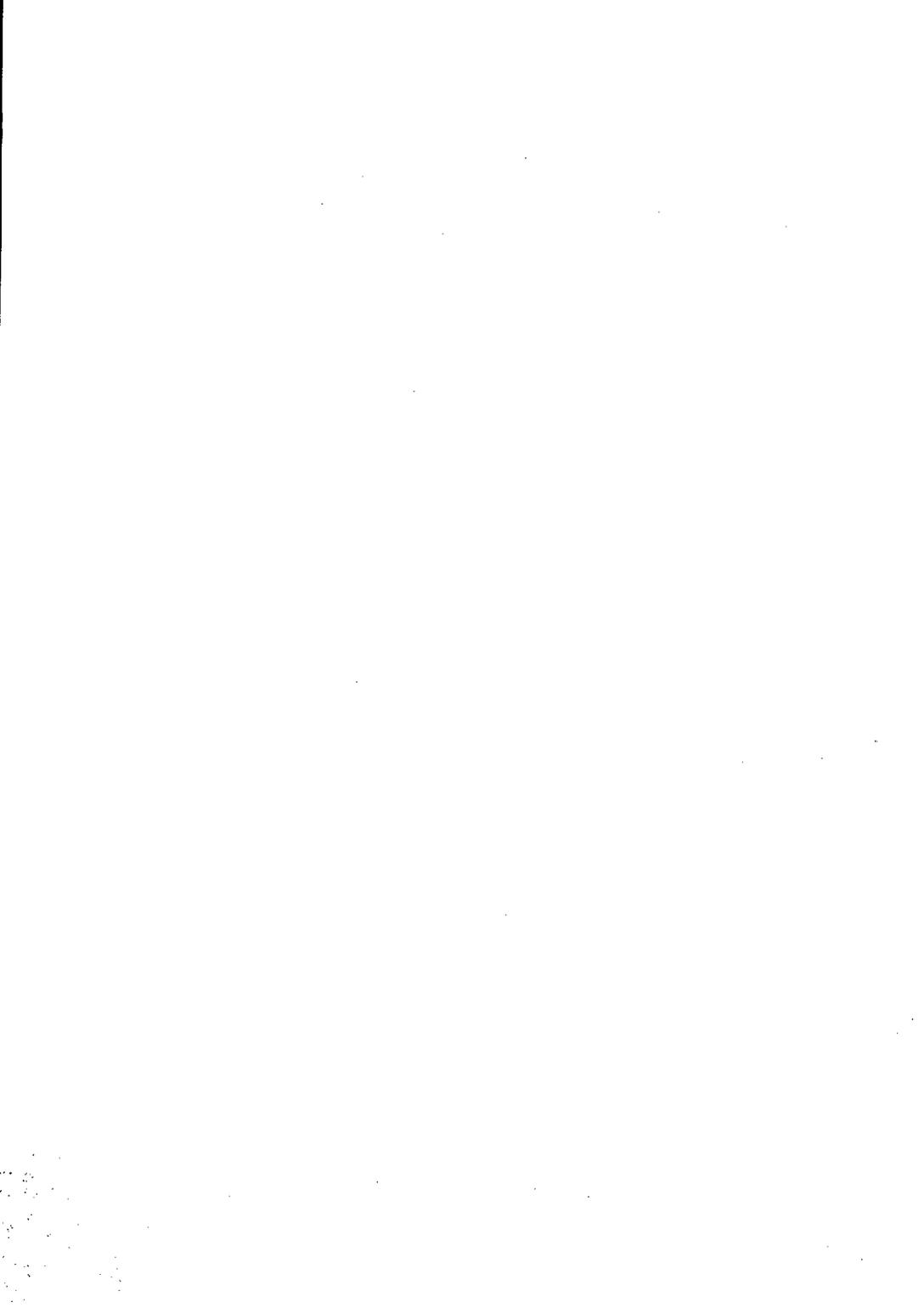
Mar y mar de verdades y leyendas,
mar y mar de esperanzas y aventuras,
velas y velas, mar, velas y velas
surcándote en silencio las llanuras.

Olas de despertar y anohecida,
brisa que siempre arrulla en el Atlántico,
olas y olas, mar, de quilla a quilla.

Brisa y velas, el mar de mi pasado,
velas llevan mi amor, mi paz la brisa,
y tú te llevas, mar, cuanto he sembrado.

LIBRO CUARTO

Cancionero tradicional de Lanzarote



1.º Parte: ROMANCERO



Romance de José Flores

Después de arrojar al pozo
a la hija Leonarda,
José Flores buscó a su hijo
que no lejos se encontraba.
Apenas Antonio vió
a su padre con el hacha
se hizo al punto de rodillas
pronunciando estas palabras:
"Padre de mi corazón,
me parece cosa extraña
que hayas venido a buscarme
llevando en la mano un arma;
jamás te falté, señor,
ni en obras ni de palabra
y vuestra persona ha sido
por mí siempre respetada.
Sin duda estás ofuscado
o que la pasión te engaña.
Anda, mi padre querido,
y tira lejos el hacha.
Aquí me ves de rodillas
suplicándote con lágrimas
que no cometas un crimen
que te sería de desgracia".
-"Calla, cobarde! ¿Pretendes
que no castigue tu infamia?
Has querido mancillar
el honor de tu madrastra
que te quiere como a madre,
y manchar mis pobres canas;
vas a morir como un perro,
y así lavarás tu mancha".
"Por Dios, padre, vuelve en tí,
que mi inocencia está clara
como el sol que nos alumbra
al despuntar la mañana.
Quien dijo que te he ofendido
no es una persona honrada."
-"Como padre he de matarte

si te quiero con el alma".
Sin escuchar las razones
que su hijo le mostraba
le dió un golpe con el hacha.
Cayó Antonio desmayado.
Y aquella fiera malvada,
después de verle en el suelo,
le clavó una puñalada.
De la herida del su cuello
profunda sangre manaba
como si fuera una fuente,
y Antonio se desangraba.
Agarrándolo de un brazo
lo llevó furioso, a rastras,
hacia un monte muy cercano
donde de un árbol lo amarra.
Marchóse tranquilo al pueblo
y se dirigió a su casa
para decirle a la esposa
que se encontraba vengada.
Entre tanto, el pobre Antonio,
que de volver en sí acaba,
al Señor que está en los cielos
de este modo suplicaba:
"Señor de los afligidos,
padre de todas las almas,
haz que descubran la infamia!
Bien sabeis que he cumplido
con devoción mi campaña,
peleando contra moros
por el honor de mi patria.
Gracias a vos, Padre mío,
y a la Virgen Soberana,
he salido siempre a salvo
de las más tristes desgracias.
Bien sabeis, Señor, que siempre
cumplí lo que la ley manda,
y que jamás en mi vida
cometí una acción villana.
Señor, Señor, amparadme,
que ya las fuerzas me faltan
y no quisiera morir
como una fiera malvada!
Yo que resulté invencible
en las más duras batallas,

no me quisiera morir
por culpa de mi madrastra".
Una mujer con un niño
que allí cerca se encontraban,
a pocos metros de Antonio
apacentando unas vacas,
al escuchar los lamentos
a él corrieron con ansia
extrañándose de verlo
de la manera que estaba.
"Buena mujer, amparadme!
le dijo el joven. Acaban
de sujetarme a éste arbol
de una manera inhumana.
No soy ningun criminal,
os lo juro por mi alma,
y ha sido mi propio padre
el autor de mi desgracia.
Si es que teneis corazón
y no os fallan las entrañas,
quitadme presto las cuerdas,
por la Virgen Soberana.
Mirad que me estoy muriendo
y que las fuerzas me faltan,
penando por no sentir
esta muerte tan amarga. "
Llorando de sentimiento
la buena mujer lo ampara.
Le quita al punto las cuerdas
que fuerte lo sujetaban,
y apoyándose con ella
los tres emprenden la marcha
llegando al Ayuntamiento
de tanto peso agotada.
Estaba tan mal herido
que a todos compasión daba,
y en altas voces pedia
la confesión de su ánima.
Mientras se llegaba el médico,
ya moribundo declara
cómo lo agredió su padre
por culpa de la madrastra.
Para no perder el tiempo
fueron corriendo a la casa
que el malvado José Flores

con su mujer habitaban.
Y al oír unos lamentos
que desde el pozo sonaban,
bajaron corriendo abajo
y encontraron a Leonarda.
Sacaron de allí a la joven
que desangrándose estaba,
y registraron después
deprisa toda la casa,
encontrando al asesino
en el centro de la sala
con el corazón partido
por un proyectil de bala.
Al hospital los llevaron
al pobre Antonio y su hermana,
y sin perder un minuto
los acostaron en cama.
En la presencia del Juez,
y ante testigos, declaran
que culpable fué su padre
movido por la madrastra.
Algunas horas después
Antonio a Dios le dió el alma,
recibiendo de su preste
la bendición soberana.
A Leonarda la curaron.
Pero vivió, por desgracia,
sumida a pedir limosna
pues de un brazo quedó manca.
Al otro día siguiente
prendieron a la madrastra,
y aunque se negó primero
luego confesó su infamia.
La llevaron a la cárcel
y de cadenas la cargan,
en tanto que arrepentida
toda su culpa declara.
Otro día en el calabozo,
cuando el carcelero entraba,
la vió tendida en el suelo
con la cabeza tapada.
Al punto vuelta le dió
y vió que muerta se hallaba,
por lo que lo fué a decir
al señor Juez sin tardanza,

que el veneno la libró
de verse más deshonrada.
Y al registrarle las ropas
encontraron esta carta:
"Huyendo de la justicia
que me tiene sentenciada,
yo misma busco la muerte
y moriré envenenada.
Por una pasión infame
la cabeza trastornada,
quise vengar una ofensa
que yo misma proyectaba.
Y pudiendo ser dichosa
he sido muy desgraciada,
al faltarle a mi marido
de pensamiento y palabra.
Si Dios perdona mi culpa
mayor será mi desgracia,
al no poder soportar
sino en la muerte mi infamia".

Romance del Molinero

Una noche fresca y sola
muy buena para moler,
yo molí toda la noche
y a la casa no llegué.
Pero mi mujer lo extraña
porque no le fuí en la noche,
y vino por la mañana
a ver cómo amanecí,
con quien dormí y en qué cama.
Y yo le dije: Moliendo
por ver si perras ganaba
para comprarme un sombrero
y a ti delantal y enaguas,
pa que cuides en la fiesta
de tu hija enamorada.
"¿Cómo es éso que molías
si anoche el perro ladraba,
y yo me asomé al correr
por ver si alguien robaba
el poco grano que hemos,
las gallinas o las cabras,
y me fijé en la molina
y ví que parada estaba?"
Mujer, que la paré un rato
para que se refrescara,
y yo me tendí en el suelo
por ver si me descansaba.
Ella me dijo: "Mentira,
no te creo ni una palabra,
que sé que rondas a otra
que antes te enamorara".

Romance del emigrante

No sé como principiar
para explicarte, oidor,
cuán triste es mi situación
en este pobre lugar.
Mi verso no ha de alcanzar
para decir lo que siento,
pues yo nací a barlovento
donde vivo sin placer.
Y si dudais de mi dicho
os lo doy a conocer:
soy un cristiano bendito,
de pelo en pecho y en fé.
Pa mi pobre compañera
que es demente y sin razón
fuí corriendo en el ciclón
por buscar su mejoría,
y la triste suerte mía
fué negra como el carbón.
Pues me vi sin más recurso
metido en un compromiso,
con una mujer sin juicio
y cuatro hijas en ayunas.
A Cuba dos meses fuí
de todo el mundo atendido,
favor que nunca lo olvido
ni tampoco los de aquí.
Al fin seis meses corrí
hasta que se puso buena;
pero así lo quiso Dios
que siguiese la tornada,
tiempos loca o más calmada
hasta el año treinta y dos.
Marcó las doce el reloj
y ya no pude sufrirla,
teniendo que recluirla
y en ella mi corazón.
Dios os libre de tener
mis penas y mi sufrir,
que triste será morir
cansado de padecer.

Romance de los dos hermanos

En el río de la Raba
habitaba un pescador
llamado Pedro Macías,
de edad de cincuenta y dos.
Este hombre mal nacido
al poco viudo quedó,
con hija de nueve años
y un hijo de veinte y dos.
Aunque la niña lo era
un poco de corta edad,
les lavaba y les planchaba
como de mujer formal.
Mientras el hijo se parte
a cumplir su obligación,
a la pobre niña encierra
el padre en la habitación.
Como la niña llorara,
aquel padre criminal
le ató un pañal a la boca
para no poder gritar.
"Si dices algo a tu hermano,
con este grueso puñal
sin tener piedad de tí
te daré muerte fatal".
Desde que el hermano vino
por la hermana preguntó,
y respondió el mismo padre
que muy mala la encontró.
"¿Qué tienes, hermana mía,
que estás pálida y llorosa?
Díme por qué estás tan triste
siendo tu cara de rosa".
"Ven acá, hermanillo mío,
siéntate al lado de mí,
que quiero contarte a solas
lo que ha pasado aquí".
El padre que estaba oyendo
toda la conversación,
con idea de darle muerte
metióse en la habitación.

Desde que el hermano vió
que a su hermana iba a matar,
un puñal le clavó al padre
y al suelo cayó mortal.
El mismo a dar parte fué:
"ahí vengo a decirle, ausía,
que con esta misma arma
he matado así a mi padre
porque abusó de mi hermana".

Cantar de la mal amada

Una moza dolorida
con pena se lamentaba
sintiendo la despedida
porque su amor la olvidaba.
Si en palabras se consuela,
hablándole con dolor
tal vez así se conduela
y vuelva pronto al amor.
"Si tu gusto no consiente
quererme de voluntad,
te lo digo claramente,
no me pongas amistad.
Si tienes otra hermosura
que merezca tu querer,
trátale bien, con dulzura,
lo mejor que pueda ser.
No siendo yo de tu gusto,
si pensabas olvidarme
hubiera sido más justo
de antes desengañarme.
Páreceme de mentira
cómo se cambian las cosas,
lo que mi pecho suspira
siendo antes tan dichosa.
Si el querer adivinara
el porvenir como viene,
tal vez no se equivocara
todo aquel que mucho quiere.
Si mi contraria muriera,
lo digo según lo siento,
yo sería la primera
en rezarle un Padre Nuestro".

Cantar de los enamorados

Cantarcicos agradables
para la gente soltera,
de los más dulces y amables
en flores de primavera.
Le dijo el novio a la novia
ya próximo al casamiento:
"Pronto tendremos la gloria
y los felices momentos".
La novia le contestó
con cariño y humildad:
"Con esa esperanza vivo
de nuestra felicidad".
Cantarcicos, cantarcicos
que de corazones salen,
escúchenlos los mocitos
y aprendan lo que no saben.
Los cantarcicos que salgan
de este modo sin memoria
son los que alegran el alma
de los novios y las novias.

La luna para salir
le pide licencia al sol,
y para cantar aquí
pido licencia a mi amor.

Malas lenguas han querido
separarnos nuestro amor;
separadas tengan ellas
el alma del corazón.

Tengo los zapatatots rotos,
¿con qué los remendaré?
Con las lenguas revoltosas
que han dicho lo que no es.

Si la mar fuera de tinta
y las nubes de papel,
no dieran para escribir
lo falso que es la mujer.

En una barca de flores
meifí la mano y saqué
los amores de mi novia
que yo nunca olvidaré.

Deja la rosa en el prado,
advíerte que tenga dueño;
no te metas con empeño,
mira que sales burlado.

Para tú quererme a mí
tanto como yo te quiero,
es preciso que te comas
el agua del mar entero.

Eres como aquel tesoro
que dibujan los plateros.
Ni eres grande, ni eres chica;
eres como yo te quiero.

Soy del hoyo, soy del hoyo,
soy de la rica laderna
donde se fabrica el oro,
la azúcar y la canela.

Te quiero como a mi mismo,
más que a la tierra y al cielo
más que a mi madre querida:
quíereme porque me muero.

Eres un hermoso lirio
plantado al centro del mar;
mira si será martirio
verte y no poderte amar.

No ví rosal sin espinas
ni he visto flor sin abrojos;
no ví amor sin esperanzas
ni desengaño sin lloro.

Tus ojos, hermosa niña,
son como el faro del puerto;
y yo soy el barco errante
que viene hacia tu mar muerto.

No me mires de ese modo
que me vas a marear;
ahora estoy en tierra firme
y tus ojos son el mar.

La nave del corazón,
en el mar de la conciencia,
hacia la mujer que adoro
con rumbo fijo navega.

Fea es la novia de Paco;
mas como es cigarrera
no me extraña que la quiera:
a mal dar, tomas tabaco.

La sonrisa de tu cara
será dulce, encantadora,
como el soplo de la brisa
al amanecer la aurora.

Tienes en la cara pecas
y en la garganta lunares,
y en tu pecho más virtudes
que rosas en los rosales.

¿Con qué te lavas la cara
que tan colorada estás?
Me lavo con agua clara
y Dios pone lo demás.

Qué manitas para guantes,
para sortijas qué dedos,
qué cuello para collares,
qué boquita para un beso.

Ven acá, almacén de gracia,
cuerpo de sal y salero,
que eres más agradecida
que la flor que echa el romero.

Tienes la cara pecosa
como huevo de perdiz,
en cada peca una rosa
y en medio una flor de lis.

Las mujeres y las plantas
tienen grandes relaciones:
todos los años varían
de sentimientos y flores.

¿A quién le contaré yo
lo que a mí me está pasando?
Se lo contaré a la tierra
cuando me estén enterrando.

Es el amor de las niñas
lo que el agua de la fuente:
nace, juguetea, corre,
suspira y desaparece.

Son así nuestros amores:
Para querer el primero,
para olvidar el segundo,
por interés el tercero.

Si tú fuentecilla fueras
y yo fuese pasajero,
cómo de agua se pondría
este pobrecito cuerpo!

Pequeñita y redondita,
como grano de cebada,
lo que tienes de pequeña
lo tienes de resalada.

Es tu cara una rosa
que colorea,
y tu cintura el tallo
que la menea.

Ay dulce suspiro mío!
Cuando te apartas de mí
no quisiera más de tí
que hallarme donde te envío.

Eres más apetecible
que el fresco de la mañana,
y más hermosa y más bella
que rosa de Abril temprana.

Eres tú la que le quitas
el color a la manzana,
y la blancura a la nieve,
y la frescura a las aguas.

Tus cabellos son tales,
hermosa niña,
que me matan de amores
y al sol de envidia.

Pajarillo que volando
cruzas el aire ligero,
aquí te estoy esperando:
que has de ser el mensajero
de un alma que está penando.

Con el fin de no gravar
a mi familia querida,
para ganarme la vida
salí de casa a emigrar.
Y si me vengo a quejar
no es por falta de valor,
sino por el gran dolor
de andar tanto tiempo lejos

de mis padres, pobres viejos,
y de otras prendas de mi amor.

Yo me nombraré feliz,
si con el simple placer
pudiera de tí, mujer,
de tu boca oír el sí.
Porque desde que te ví
vivo tan enamorado
que siempre vivo esperando
en tí, divino clavel.
Dame el sí, que quiero ser
feliz y no desgraciado.



3.º Parte: REZADOS

PARA CUALQUIER MALHECHO

I

Yo te santiguo, criatura (si está bautizado se le llama por su nombre) de Dios, con la mano de la Virgen María, que no es la mía Jesús, María, con tu mano, con la mía. Donde Jesús se nombró todo el mal se quitó. Donde Jesús se ha nombrado todo el mal sea quitado. Y así como estas palabras son ciertas y verdaderas, te quiten pasmo y otros achaques que en el cuerpo tengas; que sean cogidos y tirados al fondo del mar, donde no crezcan ni permanezcan, y a cosa que Dios críe no les haga mal. **Alla vayas, mal, fondo del mar!**

Si lo tienes en la cabeza, te lo quite San Juan; si lo tienes en la frente, San Vicente; si lo tienes en los ojos, Santa Lucía; si lo tienes en los ojos, Santa Lucía; si lo tienes en la nariz, San Luis; si lo tienes en la boca, Santa "Polonia", si lo tienes en la barba, Santa Bárbara; si lo tienes en la garganta, San Blas; si lo tienes en el estómago, San Gregorio; si lo tienes en la barriga, Santa María; y de pies y de manos, el glorioso San Amaro. (Todo este párrafo se repite tres veces, rezando un Credo en cada repetición. Además se van trazando cruces sobre el enfermo mientras duren las repeticiones).

Si San Juan bautizó a Cristo en el río del Jordán, Cristo bautizó a San Juan. Y Cristo le dijo a Juan: "Bien te amo, buen cristiano". Y Juan le contestó: "Y yo, Señor, con tu santísima mano". Y así como estas palabras son ciertas y verdaderas, te quiten pasmo y otros achaques que en el cuerpo tengas; que sean cogidos y tirados al fondo del mar, donde no crezcan ni permanezcan, y a cosa que Dios críe no le hagan mal. **Allá vayas, mal, al fondo del mar!**

II

"Fulahito", si tienes mal de buen querer o de mal querer, Dios te lo quite con su divino poder, y lo bote al fondo del mar, donde no pueda crecer ni permanecer.

Si lo tienes en la cabeza, San Juan; si lo tienes en la frente, San

Vicente; si lo tienes en la nariz, San Luís; si lo tienes en la boca, Santa "Polonia"; si lo tienes en la barba, Santa Agueda; si lo tienes en el pecho, Santa María; entre piernas, miembros y brazos, el "Salamaro" (San Amaro).

(Este Rezado es para ambos sexos. Y se repite tres veces, rezando cada vez una Salve, mientras se santigua a la persona indefinidamente, según la duración del rezo).

III

"Fulano", Yo te santiguo con la mano de Dios Padre, y no con la mía; con la mano de Dios Padre, con la mano de Dios Hijo, con la mano del Espíritu Santo, con la misa del domingo, la misa de Navidad, los siete coros de ángeles y la Santísima Trinidad. Así permíteme, Señor, sacar el mal de esta criatura (su nombre, si lo tiene).

Santa Ana parió a María, Santa Isabel a San Juan, María parió a Cristo. En el río Jordán bautizó Cristo a San Juan. Y le preguntó Cristo a San Juan: "Juan, ¿cuál de los dos está mas bien bautizado?". Y respondió: "Yo, Señor, que me bautizó vuestra divina mano, creadora del cielo y la tierra, creó el mar y las arenas".

Así permíteme, Señor, sacar el mal de esta criatura (su nombre), u otro mal cualquiera que en ella haya morado, haya quebranto o yuntamiento. Sea cogido y botado al fondo del mar cuajado, donde no crezca ni permanezca, ni haga mal a cosa humana que Dios haya creado!

(Se repite tres veces, con un Credo en cada una, mientras se va santiguando a la criatura).

IV

Jesús, Jesús mil veces!... Donde Jesús se nombró, todo el mal se quitó. Cristo vivo, Cristo reina, Cristo "afuera" de todo mal, amén.

De Santa Lucía, los ojos; con San Luís, la nariz; con Santa Agueda, el pecho; con San Gregorio, las espaldas; con San "Gómes" y Santa "Mea", los pies, brazos y todo el cuerpo.

Tres se lo hicieron y tres se lo han de quitar. Que lo tiren al fondo del mar, donde ninguna criatura humana se lo vuelva a hacer más!.

Yo te santiguo con la mano de Dios Padre, con la mano del Hijo y con la mano del Dios y el Espíritu Santo, con las palabras del Credo, con las palabras de la Salve, con San Pedro, con San Pablo y con el día de Todos los Santos, amén.

(Se repite cinco veces, y en cada una de ellas, mientras se va santiguando, un Credo y una Salve¹)

V

Yo te santiguo en nombre de la Santísima Trinidad, con las palabras que dijo Nuestro Señor Jesucristo en el altar.

Estas palabras son Santas y verdaderas, y le sacan el mal a "fulano", y lo tiran al fondo del mar, y que ni a él ni a persona humana le hagan mal.

(Mientras se santigua, se rezan tres Credos, al final, con los brazos en cruz).

VI

Yo te santiguo, "fulano", en el nombre no mío, sino de Dios Padre, Dios Hijo y la Santísima Trinidad.

Todo el mal que tuvieres lo boten al fondo de la mar, donde a criatura humana no le vuelva a hacer mal.

(Se hacen tres señales de la Cruz sobre el enfermo, y se reza un Credo).

VII

Jesús, Jesús, Jesús, tres mil veces Jesús! Donde Jesús es nombrado, todo el mal será quitado. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Si el mal te entró por la cabeza, te lo quite la gloriosa y bienaventurada Santa Teresa; si te entró por la frente, el glorioso y bienaventurado San Vicente; si te entró por la nariz, que te lo quite el glorioso y bienaventurado San Luis; si te entró por el gaznate, que te lo quite el glorioso y bienaventurado San Blas; si te entró por el estómago, que te lo quite el glorioso y bienaventu-

rado San Gregorio; si te entró por la barriga, que te lo quite la gloriosa y bienaventurada Santa María; si te entró por los pies, las manos, o por otro cualquier sitio de tu cuerpo, te lo quite el glorioso y bienaventurado San Amaro.

Jesús! San Ginés del Valle, quita este mal aire, mal de ojo, que - branto o calentura, y otra cualquier enfermedad que en este niño está. Que se lo quite el Espiritu Santo y lo ponga en la mar, donde no haga daño, amén.

(Cada vez que se menciona a un Santo, se hace la señal de la Cruz sobre el niño. Al final se rezan Cinco Padre Nuestros y Tres Ave Marías).

VIII

Jesús, mil veces Jesús! (Tres cruces sobre el enfermo). Donde Jesús se nombró, todo el mal y "crebranto" de esta criatura lo cortó y lo partió con las tres divinas palabras de la Santísima Trinidad. (Otras tres Cruces).

Si le entró por la cabeza, a mi padrino San Juan; si le entró por los oídos, a mi padrino San Isidro; si le entró por los ojos, a mi madrita Santa Lucia; si le entró por la nariz, a mi padrino San Luis; si le entró por la boca, a mi madrita Santa "Polonia"; si le entró por la garganta, a mi madrita Santa Clara; si le entró por los brazos, a mi padrino San Amaro; si le entró por la barriga, a mi madrita Santa María; si le entró por los pies, a mi padrino San Miguel.

Esto que he visto espero ver por la Virgen María, tú con tu mano y yo con la mía. Con mi mano pecadora yo, tú con tu mano de gloria. Todo el mal del cuerpo de esta criatura sea cogido y tirado al fondo de la mar oscura, y ni a ninguna otra criatura haga mal.

(Tres cruces finales sobre el enfermo, y un Credo).

IX

(Primero, un Ave María). Criatura de Dios, (Su nombre de pila, mientras se le hace la señal de la cruz), yo te curo y te - salvó en el nombre del Espiritu Santo y Tres Personas distintas en un solo Dios verdadero. Y de la Virgen María sin pecado original, Virgen antes del parto, en el parto y después del parto;

de la gloriosísima Encarnación, gloriosísima Pasión y gloriosísima Resurrección, en gloria que te suplico, Señor, en gloria de tan altos misterios que creo son verdaderos, y de la Virgen María sin pecado original. Mal de ojo, herida, llaga, refrigerio u otra cualquier enfermedad que tuviere, y si ésto no te bastare, la gracia de Dios que es más grande, Amén.

(Se santigua de nuevo al enfermo, y se rezan tres Credos en cruz)

X

En el nombre de Dios Padre, en el nombre de Dios Hijo, en el nombre de Dios Espíritu Santo y de la Virgen María sin pecado original, Criatura de Dios yo te ensalvo y santigo y bendigo (tres Cruces sobre ella) en el nombre de la Santísima Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Virgen María sin pecado original, concebida antes del parto, en el parto y después del parto siempre Virgen, amén, Jesús; y la gloriosa Santa Gertrudis, tu querida y regalada esposa, y las once mil vírgenes. San José, San Roque, San Ginés, San Sebastián y todos los Santos y Santas de la corte celestial, amén, Jesús; y por el misterio de la Encarnación y gloriosísimo Nacimiento, y de la Santísima Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, Resurrección y Ascensión, y por tan altos y santos misterios que creo son verdaderos, con buena fé os suplico a vuestra divinidad y majestad, con la Virgen María sin pecado original, os digneis librar a esta afligida criatura (su nombre) de estas enfermedades: Mal de ojos, desvanecimiento, accidente o calentura que en su cuerpo tuviere, amén, Jesús.

(Se repite tres veces, con un Credo al final de cada una. Además, la "santiguadora" no cesa de hacer cruces sobre el enfermo).

XI

Jesús, Jesús, Jesús, mil veces Jesús ! (Cuatro cruces sobre el enfermo). Donde Jesús es nombrado, todo el mal sea quitado; donde Jesús se nombró, todo el mal se quitó.

"Crebranto", calor, calentura, lamparón u otra cualquier enfermedad que esta criatura tuviere sea quitada, no acordando ni mirando las ofensas con que tan mal te han tratado ni mirando a esta

indigna mujer que profiere tan altos y santos misterios que creo son verdaderos, con buena fé os suplico, Señor, para mayor honra y gloria vuestra, y de varios de los que estan presentes, os digneis y saneis a esta criatura afligida de mal de ojos, desvanecimiento, pasmo, costado, dolor, humor, sosaño o lamparón.

(Va santiguando al enfermo); Te lo corto con mi mano derecha en el nombre de Dios Padre, en el nombre de Dios Hijo y en el nombre de Dios Espiritu Santo, lamparón o fistula, sipela ("Erisipela"), gangrena, parálisis, desvanecimiento otra enfermedad que este cuerpo tuviere, quitándola de esta parte y lugar sin que le venga accidente ni mal, y dándole entera salud para que siempre y en todo tiempo os sirva a vuestra santísima voluntad, Jesús, Jesús, Jesús y tres mil veces Jesús, amén!.

Donde Jesús se ha nombrado todo el mal se ha quitado; donde Jesús se nombró, todo el mal se quitó. "Crebanto" de esta criatura, vete al fondo del mar. Y si no, basta la Gracia de Dios, que es más grande, amén, Jesús!.

(Dos Padre Nuestros y dos Ave Marías).

XII

Yo te santiguo, criatura de Dios, con el nombre del Padre, con el nombre de Dios Hijo, con el nombre de Dios Espiritu Santo. "Cualo" te hiciera el mal te lo ha de quitar. Y si no, yo te lo quito. (En estas palabras se va haciendo la señal de la Cruz sobre el enfermo).

Si lo tienes en la barriga, te lo quita Santa María; si lo tienes en el estómago, te lo quita San Gregorio. Estas tres personas te han de quitar el mal: Santa Gertrudis, Santa Inés y San Roque. Si lo tienes en el pecho, te lo quita Santa Agata; si lo tienes en la coyuntura, te lo quita San Ventura; si lo tienes en los nervios, te lo quita San Isidro; si lo tienes en la espalda, te lo quita el Angel de la Guarda; si lo tienes en las manos, te lo quita San Amaro; si lo tienes en las uñas, te lo quita la Virgen de la Peña; si lo tienes en los dedos, te lo quita San Benito; si lo tienes en los pies, te lo quita San Andrés; si lo tienes en los oídos, te lo quita San Toribio; si lo tienes en la vista, te lo quita Santa Lucia; si lo tienes en la nariz, te lo quita San Luis; si lo tienes en la boca, te lo quita la Virgen de los Dolores; si lo tienes en el paladar, te lo quita San Blas; si lo tienes en la respiración, te lo quita la Encarnación; si lo tienes en la garganta, te lo quita Santa Clara; si lo tienes en

la cabeza, te lo quita San Juan Bienaventurado; y para todo mal, Jesús, Jesús, Jesús y mil veces Jesús!. Donde Jesús se ha nombrado, todo el mal sea quitado.

Si esta criatura tiene contagio o refrigerio, mal de ojos; mal de envidia, mal de mal querer o mal de bien querer, yo me atrevo (Santiguandola) Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo, que salga el mal y venga el bien. Así como Santa María estuvo en Belén, que salga el mal y venga el bien. Y el mal se vaya con las piedritas del mar, que no las ven ni el sol ni la luna, sino Dios. Santa María, Santa María, pon tú tus manos y yo pongo las mías. Santa María, Santa María, si esta criatura tiene mal, córtaselo tú con tus manos de gloria y yo lo cortaré con mis manos peccadoras.

Si es hombre el que te hizo el mal, que te lo quite el Señor. Si es mujer, la Virgen María, Santa Inés y Santa "Polonia". Nicodemus entró en el monte del Señor, Este mal de esta criatura se cogerá y se botará al fondo del mar, que no crezca, no permanezca ni a esta criatura le vuelva a hacer mal. Así como Jesús cantó la misa el domingo en Jerusalén, que salga el mal y entre el bien. (Se reza un Credo, y se concluye con estas palabras:) Si el Credo no te basta, que te baste la Gracia de Dios, que es grande. (La bendice) La Bendición de Dios quite todo tu mal, amén.

XIII

Jesús, mil veces Jesús!. Por ser nombre de virtud, donde Jesús se ha nombrado todo mal y sosaño sean quitados. Cristo vive. Cristo vive, Cristo reina, Cristo de cualquier mal te defienda. El cielo del Jordán, San Juan. San Juan: "¿cual de nosotros está mejor bautizado?".

Santiguo (realizando la señal de la Cruz) yo a esta criatura de mal de ojos, mal de envidia, mal de bien querer, mal de mal querer, aire, humor ("Urticaria") pasmo, sosaño, calentura y molimiento. Y otro mal cualquiera que esta criatura tenga, sea conjurado con la palabra de Dios Padre (santiguándola), con la palabra de Dios Hijo, con la palabra del Espíritu Santo. Así como Nuestro Señor entró en Belén, salga el mal de tí y entre el bien. (Todo el párrafo que continúa se repetirá tres veces, rezando un Credo en cada vez):

Si lo tienes en la cabeza, lo quita San Juan; en los ojos, Santa Lucía; en la nariz, San Luis; en la boca, Santa "Polonia"; en los

brazos y muslos, San Amaro. Mal, vete al fondo del mar, donde no crezcas ni permanezcas más. Dios te cure, Dios te sane (santiguandose) con el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Estos tres Credos que te tengo rezados los ofrezco al Santo Cristo del Amparo, que te quite el mal y te preste su salud si te conviene. Y si no te basta ésto, te bastará la Gracia de Dios que es grande. (Parte unas hojas de helecho y las siembra sobre el enfermo mientras va haciendo con ellas la señal de la Cruz) Y así como yo parto estas hojas con que te santiguo, salga el mal y entre el bien con el nombre de Dios Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

XIV

Jesús !. Criatura de Dios, yo te curo y ensalvo y bendigo (haciendo la señal de la Cruz sobre ella) en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Virgen Maria, María señora nuestra, Virgen antes del parto y en el parto y después del parto y siempre Virgen; y por la gloriosa y Santa Gertrudis, tu querida y regalada esposa, las once mil vírgenes, San José, San Roque, San Sebastián y el glorioso San Luis Beltrán, y por todos los santos y santas de la corte celestial; (señalado con una Cruz donde hay que santiguarse;) y por la gloriosa Encarnación, gloriosísimo Nacimiento, Santísima Pasión, Coronación, Resurrección, y por todos los santos y santas de la corte celestial, suplico a vuestra divina majestad, poniendo por intercesora a vuestra Santísima Madre y Abogada nuestra, libre y sane a esta afligida criatura de esta enfermedad, mal de ojos, dolor de huesos, lamparón, accidente, calentura o de otro cualquier daño que en su cuerpo tuviere.

Jesús, Jesús, Jesús y Jesús ! Donde Jesús fué nombrado todo el mal fué quitado, no nombrando a la indigna criatura que refiera tan sacrosanto misterio. Con toda fé te suplico, Señor, por mayor honra vuestra y devoción de los presentes, libres a esta afligida criatura, amén. (Tres Credos). (En cada signo de deben santiguarse tambien los presentes).

XV

Jesús✠, Jesús✠, Jesús✠, mil veces Jesús✠!. Donde Jesús✠ se nombra, todo el mal se asombra; donde Jesús✠ se ha nombrado todo el mal se ha asombrado.

Agua mal bebida, leche mal mamada, agua encharcada, humor ("urticaria"), calor, "tericia", sangre, otro cualquiera daño que en su cuerpo tenga, yo lo corto, yo lo parto, yo lo mando al hoyo del mar donde a criatura "ninguna" haga mal.

Así como Jesucristo✠ nació en Belén y murió en Jerusalem, y estas palabras son Santas y verdaderas, no la corto con cuchillo ni la corto con navaja, que la corto con una piedra del Ara y la misa del domingo, yo con mi mano pecadora y la Virgen Santísima con su mano de Gloria.

Cristo✠ viva, Cristo✠ impide de todo mal y peligro. Y si ésto no te basta, que te baste la Gracia de Dios que es grande. Cruz✠santa, Cruz✠ divina, sáname a esta criatura por Aquél que murió en tí, para bien de él y bien de mí, amén (Un Credo).

XVI

Jesús, Jesús, Jesús! Criatura de Dios ("Fulanito"), yo te curo y te santigo✠; en el nombre de la Santísima Virgen María, Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y siempre Virgen. Y por tu santísima Santa Gertrudis, tu querida y regalada esposa, once mil vírgenes, San Roque, San Sebastián y los Santísimos Misterios. (Un Credo). Por este Credo suplico a Vuestra Santísima Madre, abogada nuestra, libres y sanes a esta afligida criatura ("Fulanito") de esta enfermedad: Mal de ojo, sosaño, quebranto, u otra enfermedad que en su cuerpo tenga. Yo lo corto y lo parto y lo mando al fondo del mar, donde a criatura ninguna haga mal.

Cristo✠ viva, ✠ Cristo✠ reina, Cristo✠nos impide. Y si ésto no te basta, que te baste la Gracia de Dios, que es grande, amén.

PARA CURAR LA ERISIPELA

I

San Pedro y San Pablo de Roma venían. San Pedro y San Pablo una pregunta hacían: El aire "sipela" qué cura tenía, diciendo tres veces Jesús y María.

(Mientras se reza lo siguiente, se coge una hoja de helecho, se corta en trozos, y se va haciendo con ellos la señal de la Cruz sobre las heridas)

No te corto con cuchillo, ni tampoco con puñal; te corto con las palabras de la Santa Trinidad. Que te cojan y te tiren a lo más hondo del mar, donde no crezcas ni permanezcas, ni lo vuelvas a hacer más.

(Se repite tres veces, con un Credo al final de cada vez.)

II

"Yerbita" Santa María, "yerbita" Santa María (se refiere a la hoja de helecho que tiene en la mano, con la que va tocando la enfermedad), por la virtud que Dios te dé, cura la del monte que aquí cayó.

No te corto con cuchillo
no te corto con tijera,
te corto con las palabras
que dijo Cristo + en la Cena.

(Se repite tres veces, con un Padre Nuestro al final de las tres).

III

"Sipela" del monte, ¿quién te trajo aquí?. El aire y el viento me hicieron venir.

Te corto, "sipela", no con cuchillo, ni con puñal, sino con las palabras de la Santísima Trinidad.

(Durante el Rezado, se va santiguando la herida con una hoja de helecho, que luego se quema. Al final se rezan tres Credos).

IV

"Sipela" en las piernas, rosa malvada, quien te puso en esta criatura, no te vuelva a hacer más mal. + .Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo. Que la Santísima Trinidad te quite este mal.

V

Rosa malvada, quita de aquí. No te corto con puñal, ni tampoco con cuchillo; te corto con mi mano pecadora. Corto estas tres hojas verdes y te digo tres veces Jesús. (Santigua con esas hojas tres veces a la criatura, procurando tocar todas las heridas). Nuestra Señora la Virgen + quite este aire "sipela" y cualquier otro mal de aire, amén. (Tres Ave Marías).

VI

(Este Rezado se hace con malvas verdes. Y se va haciendo con ellas la señal de la Cruz allí donde las personas o animales tengan el mal). (Se aplica para las "Sipelas blancas, negras o coloradas").

Jesús, mil veces Jesús!. Donde Jesús se nombró, todo el mal se quitó, y donde Jesús se ha nombrado todo el mal se ha quitado. Cualquiera mal que esta criatura tuviere de aire "sipela" o lamparón macho o hembra, u otro mal cualquiera que en su cuerpo tenga, sea cortado y tirado al fondo del mar, donde ni a tí, ni a mí ni a criaturas haga mal. Cristo vive, Cristo reina, salga todo mal y peligro y entre el bien como Nuestro Señor Jesucristo entró en Belén. Yo te curo con mi mano pecadora, y María Santísima te cura con su mano de Gloria, amén.

PARA CURAR EL LAMPARON

I

(Primero se reza un Credo. Luego se echan tres gotas de morali -
llo en el oido derecho y otras tres gotas en el izquierdo).

Jesús!!!. Criatura de Dios, yo te curo y te conjuro+ de lampa -
rón, sea hembra o varon. Yo lo curo+ y conjuro+ y aparto + con
Dios Padre +, con Dios Hijo + y con Dios Espiritu Santo +. Y
así como Jesucristo y su Santísima Madre entraron en Belén, sal -
ga este mal y entre el bien. Cristo vive, Cristo reina, de todo mal
y peligro te defienda. Criatura de Dios, yo te curo y Dios te cura
en el nombre del Padre+ y del Hijo+ y del Espiritu Santo +, a -
mén, Jesús.

II

(Este Rezado se repite tres veces, rezándose un Credo a l final
de cada vez. Durante el Rezado se exprimrán unas gotas de zu -
mo de moralillo sobre los lamparones)

Jesús, Jesús, Jesús! Criatura de Dios, yo te curo el Lámparón
macho o hembra en el nombre de la Santísima Trínidad, Padre +,
Hijo + y Espiritu Santo +, tres personas distintas y un solo Dios
verdadero, y en el nombre de la Virgen María, señora nuestra, Vir -
gen antes y después del parto y siempre Virgen; y en el nombre de
la gloriosísima Santa Gertrudis, las once mil virgenes, San Jo sé,
San Roque, el gloriosísimo San Luís Beltran y tan altos y santíssi -
mos Misterios que creo y son verdaderos. Suplico a vuestra San -
tísima Madre que libre a esta afligida criatura de este Lamparón
tumor, o de otro cualquier daño que en su cuerpo esté, amén.

Jesús, Jesús, Jesús! Donde Jesús se ha nombrado, todo el mal
se ha quitado. Y para mayor gloria de vuestra devoción en los pre -
sentes, en vuestro nombre y no en el mio libro y sano a esta afli -
gida criatura de este lamparón, tumor o de cualquier enfermedad
que en su cuerpo esté, amén. Jesús, Jesús, Jesús!. Donde Jesús +
se ha nombrado, todo el mal se ha quitado, amén.

III

Criatura ("Fulanito") de Dios, yo te curo, ensalvo y santiguo + en el nombre del Padre +, del Hijo + y del Espíritu Santo +, amén, las tres personas distintas y un solo Dios verdadero. San José, San Roque, San Sebastian y todos los santos de la corte celestial te curen, amén. (Un Credo).

No mirando la indigna persona que refiere tu sacrosanto misterio con toda buena fé, te suplico, Señor, para tu mayor honra, te sirvas de librar y sanar a esta afligida criatura ("Fulanito") de lamparón macho o hembra, amén. (Un Credo).

IV

Criatura de Dios, que yo te santiguo + en el nombre del Padre + del Hijo + y del Espíritu Santo +, amén. Y yo te santiguo + del lamparón, por mal de ojos, por mal querer o por buen querer, y de todo mal que en tu cuerpo haya entrado, para que sea desvanecido y desbaratado. Así como la Virgen María entra y sale por la puerta de Belén, salga el mal y entre el bien en el cuerpo de esta criatura, en el nombre de Jesús +, amén, Jesús.

Donde el buen Jesús se nombra todos los males se asombran, Donde el buen Jesús se ha nombrado los males se han asombrado. Por Santa María tres veces en el día, que luego me moriría. Y así como mi madre Santa Ana en el olivo oró y su cuchillo cogió a las aves, una voz del cielo oyó que dijo: Levántate, Ana, y vente a la puerta del cielo tú y tú esposo Joaquín, que conseguirán un beso y un abrazo, que viene a ser la Madre de Dios que viene al mundo a salvarnos los pecados.

Yo no te corto, mal, ni con cuchillo ni con navaja, ni con mi mano, sino con Jesús +, Jesús +, Jesús +. Donde Jesús + se nombró todo el mal se quitó. Donde Jesús + fué nombrado todo el mal fué quitado. Consumatum est, consumatum est, el que él salvó.

(Se rezan Tres Credos).

PARA CURAR EL MAL DE OJO

I

(Este Rezado se repite siete veces. Las seis primeras veces culminan en un Credo cada vez. La séptima vez lleva, al final, un Credo y una Salve).

Jesús, viva la Cruz + !. Jesús, viva la Cruz + !. Donde Jesús + se nombró, el mal de ojo se quitó. Donde Jesús + se ha nombrado el mal de ojo se ha quitado. Cristo + vivo, Cristo + reina, Cristo + de todo mal te defienda. Santa Ana tuvo a María, Santa Isabel a "José". Así como estas palabras son ciertas y verdaderas, quite el mal de ojo que este niño (o esta niña) tenga, y lo tire al fondo del mar donde a bicho vivo no le haga mal. Esto, y la Gracia de Dios te preste, si te conviene, y "namás".

II

Jesús, Jesús, Jesús, tres mil veces Jesús!. Donde Jesús se nombró, el mal de ojos se quitó. Mal malvado, mal maligno, aquí "sos" llegado y aquí "sos" salido.

Criatura de Dios, dos ojos te hicieron mal, y tres te lo han de quitar, que son Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Así como estas palabras son ciertas y verdaderas, así se quite el mal de ojos de esta criatura y se arroje al fondo del mar, donde no crezca ni permanezca, ni haga mal ni a tí, ni a mí, ni a criatura alguna.

Si lo tienes en la frente, que te lo quite tu padre San Vicente; en los oídos, San Isidro; en los ojos, Santa Lucía; en la nariz; San Luis; en la boca, Santa Rosa; en la barba, Santa Bárbara; en la garganta, San Blas; en el corazón, la Virgen de la Encarnación; en la barriga Dios y la Virgen María; en las piernas, mi padre S. Lucas; y en los brazos, mi padre San Amaro.

(Los presentes rezan tres Credos en Cruz, mientras la que santigua golpea con la señal de la Cruz todo el cuerpo de la criatura, diciendo:) Tú que no has comido ni bebido, ni crezcas ni permanezcas. Y si ésto no te basta te basta la Gracia de Dios, que es grande con su poder, amén.

PARA SACAR EL SOL DE LA CABEZA

I

Según yo fuí al mar, ni comí, ni bebí. No quiero que tu crezcas ni permanezcas aquí. Y véte al fondo del mar, donde no hagas mal, ni a mí ni a persona racional. Según está el monte sin leña, y el mar sin tí, arrastrado sol, quítate de aquí! Amén. (Un Credo).

II

(El enfermo de pié o sentado, se dobla una toalla y se le sostiene en la cabeza, colocando sobre la toalla un vaso lleno de agua, que el enfermo ha de sostener en equilibrio si es posible. Luego, con la mano, la santiguadora va trazando la señal de la Cruz indefinidamente, ya que este Rezado se puede repetir las veces que se quiera). (Además, este Rezado ha de decirse antes de salir el Sol, o después de ponerse).

Sin comer y sin beber fuí a la plaza y vine aquí: Este sol que tú tienes que se te quite de aquí! (Se reza un Credo).

PARA CURAR EL SOSAÑO

Sosaño malo, sosaño maligno, ¿a quien has llegado? ¿A quién has venido?.

Sosaño u otra cosa de cortar, que en un golpe se va, no te corto con cuchillo, ni con cosa de cortar. Te corto con la misa del domingo y el Evangelino de mi padre San Juan.

Mi padre San Juan le preguntó a mi Señor Jesucristo: "¿Cuál está más bien bautizado?. Vos, que fué por vuestra mano".

Véte, rosa maldita, al fondo del mar, donde no penetres ni hagas mal, ni a mí, ni a tí, ni a persona racional, y sin ser racional. (Tres Credos).

PARA PROTEGER DE ENFERMEDAD A LOS PADRES

Angerita la gloriosa
como "licencio" en la rosa,
acabado de nacer
bajo el ángel San Miguel,
Preguntando por pastores,
los pastores romería,
parió la Virgen María
con contento y alegría.
Los judíos le llevarón
a la cruz de San Matías.
San Matías con dolor
rompió un paño de color:
la mitad para el romero,
la mitad para el Señor.
"Véte , romero, a tu casa,
ganas tu santa casa;
véte, romero, a tu día,
ganas tu santo día".
El que esta oración dijere
cinco veces en la noche
y cinco veces en el día,
la vida de sus padres
nunca verá perdía.

PARA CURAR LAS ANGINAS

En Belén están tres niñas: Una cose, otra hila, y otra cura "la-sagina". Una hila, otra cose y otra cura el mal traidor.

(Se repite tres veces, con un Credo en cada vez. Durante el rezado se hace lentamente la señal de la Cruz sobre la garganta).

PARA CURAR EL FUEGO SALVAJE

¿Con qué curaría?
Con unto de puerco
y tierra molida

detrás de la puerta
que se cogería,
diciendo tres veces:
Jesús y María,
Jesús y María,
Jesús y María!

(El Rezado se repite cuantas veces se quiera. Y siempre un tanto al enfermo con unto de puerco mezclado con tierra fina cogida detrás de la puerta de la casa de ese mismo enfermo).

REZADO CONTRA LAS PESADILLAS

El Señor te libre de la "Pesada",
la de la mano agujerada;
la que cuenta las cenizas del "fogar"
y las arenas de la mar,
las estrellas del cielo
ni las pudo contar,
porque nuestro Señor Jesucristo
no le ha dado lugar.

(Se repite varias veces, mientras se va santiguando al que padece Pesadillas).

PARA CURAR LA CALENTURA

Santa "Polonia" de la boca,
Santa Agueda de los pechos,
Santa Lucía de los ojos,
San Luis de la nariz,
San Amaro de pies y manos.
Hombre bueno, mujer ingrata,
cabecera de paja, capa majá,
sea este mal cogido y botado
a lo más hondo del mar,
donde ni crezca ni permanezca:
ni a esta criatura "güelva" hacer mal.

(Tres veces. Al final un Padre Nuestro y tres Ave Marías).

Se imprimió este libro en
GRAFICAS DORESTE,
D^a. Perfecta, 156

corriendo la encuadernación a cargo de
Imprenta Lezcano, Paseo Tomás Morales, 17

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



ULPGC.Biblioteca Universitaria



623860

BIG 860-1 GOD tit

